ARTES Y LETRAS

EL DIARIO

SUPLEMENTO DOMINICAL

La Paz, Domingo 19 de Abril de 1953.

La Personalidad del Escritor Enrique Finot

Por Hugo Bohorques Ramirez

Especial para "EL DIARIO"

Se me ha dicho que en estos momentos de aniquilamiento colectivo que de uno u otro modo se opera en el mundo, no estaría muy a tónica ocuparse de menesteres que atingen a un sector de la cultura. Ciertamente que los otros problemas que penden en el filo del diario vivir, no harían exigible tratar de la vida y obra de los escritores. Mezclarlos en el dédalo de la angustia de nuestro siglo, importaría, entonces, dar un destono de actualidad, lo que en verdad —lo afirmo con rotundidad— no comparte con el más modesto sentido de responsabilidad humana.

Parece que el dislocamiento del espíritu que surge doquier en esta hora, no encontraría su recomposición en otro ámbito, que no fuera en el del hombre de pensamiento, en el hacedor de la cultura, en el que verdaderamente es el dómine de los problemas vitales del tiempo en que actúa. Y legítimamente esta fórmula de probada eficiencia, voy a ocuparme de las cosas de un ilustre escritor boliviano que ha cabido ya tupidamente en el ámbito intelectual de América: me refiero a Enrique Finot.

«El 24 de diciembre del pasado año, Enrique Finot cesó en la vida; muere en el propio solar nativo: Santa Cruz de la Sierra, dejando al país el legado de su alto linaje intelectual sazonado en sus múltiples obras, una de las cuales, la más digna por su probidad, es la "Historia de la Literatura Boliviana", editada en México en 1943.

Rendir un homenaje póstumo al ilustre escritor, es gustosa tarea que va en cuenta de quienes conocen de cerca sus mejores virtudes intelectuales; cuando menos, cumple a los que tienen devoción sincera por la obra de los hombres cuya vida ha sido dedicada por entero a la Patria conceptuada en sus específicos valores culturales y a las letras nacionales, en condiciones tanto mejor que lo fabricado por los exégetas de las letras y de la inteligencias "oficiales".

Enrique Finot, espíritu selecto y diplomático de estilo en la medida de sus calidades intelectuales, fué un escritor de señoría, diría, un escritor de abolengo moreniano aludiendo a don Gabriel René Moreno que fué un escritor de raza cuyo sólo nombre puede designar una tendencia histórica o literaria como ocurre con la escuela montalviana o la creada bajo el fervoroso auspicio de un Sarmiento o un Martí. Por eso, aquello que se ha dado en llamar el "mal del siglo", es a menudo patrimonio del común de las gentes; deja en cambio surgir a los espíritus dotados de los privilegios del saber y del pensar.

La vasta obra intelectual de Finot, se afirma en la inexorable responsabilidad histórica del hombre de letras. Su prosapia lingüística muy a tono con la gallardía hispánica de un Azorín o de un Ramón Pérez de Ayala, han dado en Finot una prosa limpiamente vestida de las galas castellanas. En Finot podemos gustar los primores de una prosa exuberante, adecuada en ciertos casos a la omnipotencia del ambiente cósmico del valle. En ese denso conocer de las cosas ha encontrado la mística todopoderosa para amar el arte, son las mismas virtudes, sin duda, que el exquisito Azorín, tan elegante en sus decires. De ahí que Finot y Gabriel René Moreno poseído de las dimensiones culturales de su tiempo aun cuando distantes históricamente, dan las dos figuras andinas en el paisaje continental de nuestra América. Acaso por esto mismo, la obra intelectual de Finot, desde los problemas pedagógicos, históricos, políticos, internacionales y periodísticos hasta los temas más selectos de estética y sociología de las letras nacionales, están convictos de ese personalismo donaire castellano, que configura los caracteres definidos del escritor cruceño, como lo están las obras del castizo Moreno, tan vigorosamente impregnadas del señorío español y de la energía de aquel Joaquín Costa, que fuera en la generación peninsular el "León de Graus".

En 1946, Finot escribe sus dos últimos libros: "Tierra Adentro", novela y "Nueva Historia de Bolivia" (Ensayo de interpretación sociológica). La recia personalidad del escritor surge en esta su novela con todos los valores del hombre de penetración y de contenido imaginativo. Ya "El Cholo Portales" que fué su primer ensayo de novela costumbrista, nos trajo un enjundioso estudio sociológico de ambiente, extraído de nuestra mestiza y prosaica vida política. En "Tierra Adentro" el autor, consigue captar con desesperante realismo los tipos y costumbres de la apacible y quieta vida del trópico. Y su "Nueva Historia de Bolivia", libro de innegable valor documental y sociológico, expresión veraz y responsable de nuestro acontecer diario, obra que está lejos de la adivinación urdida en la leyenda con que todavía en nuestro país se sigue escribiendo la historia nacional. Por esto, la obra de Finot ha vencido la etapa truculenta de las formas anecdóticas de la llamada "historia" muy en boga en nuestros días. En la "Historia de la Literatura Boliviana", hay que ver a juicio mío tres dimensiones tres veces fundamentales: su perspectivismo científico en el sentido de reivindicación histórica de las letras nacionales; su valor literario y documental y la severa probidad en el estudio de los escritores que arquitecturaron nuestro proceso literario.

Por lo mismo, conviene subrayar a tiempo el hecho de que en ningún instante de nuestra vida republicana, escritor nacional alguno que sepamos, hubiese emprendido la tarea, por cierto responsable y riesgosa, de rectificar al más grande crítico español, don Marcelino Menéndez y Pelayo. Correspondió a Finot asumir el papel de defensor de nuestras tradiciones culturales, y con insobornable juicio de verdad, tomó para sí la tarea histórica de enderezar el menguado conocimiento que fuera difundido por Pelayo en su ya famosa obra: "Historia de la Poesía Hispanoamericana" publicada en 1913.

La indiscutible personalidad del erudito español, sigue desempeñando en el ámbito hispanolatino la voz autorizada del pensamiento literario y poético en cuanto tiene sus antecedentes en la historia de las letras americanas. De ahí que sus opiniones constituyan algo así como reglas de rígida aplicación que deben oírse y aceptarse dogmáticamente. Es así que Menéndez y Pelayo en su citada obra, dejó escrito una deleznable opinión que cualquier día tenía que derrumbarse. Y refiriéndose a nuestro tema histórico - literario decía esto: "Esta República creada por la voluntad omnipotente de Simón Bolívar en obsequio al equilibrio que él pensaba establecer entre los estados de América del Sur, no tiene historia independiente en la época colonial ni mucho menos tradiciones literarias" y luego prosigue: "En ella entraron las comarcas del Alto Perú (antiguas Intendencias de La Paz, Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra con el desierto de Atacama), las cuales, después de haber formado parte integrante del Imperio de los Incas, dependieron del Virreynato de Lima hasta 1778, en que se creó el de Buenos Aires, limitado por el Brasil y la Patagonia, los Andes y el Atlántico. Ese carácter híbrido domina en la moderna historia de Bolivia que, según las circunstancias, aparece como un apéndice de la del Perú o de la del Río de la Plata, sin haber podido afirmar todavía su carácter ni su política propia dentro de la variedad americana. Por otra parte la población europea está allí en exigua minoría: sólo una sexta parte, contra cuatro quintas de la población india y otra de población negra. La carencia de grandes centros de población y la falta de puertos importantes, hacen de esta República una de las menos abiertas de América al trato y comunicación intelectual con los extraños. No creemos en vista de tan adversas circunstancias, unidos al continuo estado de anarquía en que ha vivido esta República, que su producción literaria sea grande; pero lo que sí podemos afirmar es que a Europa apenas han llegado las obras de ningún escritor boliviano".

Hasta aquí hemos tomado el comentario de Menéndez y Pelayo, quién, como se ve, acuña un juicio irremisiblemente arriesgado por su apriorismo histórico que pretende dejar una especie de sentenciosa condena.

Tan desmesurada opinión configura con caracteres de menosvalía nuestra tradición cultural, en ningún caso está desprovista de hondo contenido histórico y de sentido de creación inspirado en el vigoroso paisaje de nuestras montañas o de nuestra altipampa que rebasa sin lugar a duda los límites del escueto provinciano que a todo trance se nos quiere atribuir. El propio Finot se ha encargado de calificar el juicio de Pelayo como inexacto y aventurado. Y reaccionando en una actitud de verdadero celo civil, Finot, devolvió al crítico español en la misma medida, una erguida rectificación que deja a Menéndez y Pelayo en situación de suma dificultad ante el veredicto incontestable de los documentos y justificativos históricos que por irrecusables acuden en apoyo de la tesis veraz de Finot, que con cierta mística socrática asume en la oportunidad la benemérita tarea de defender el patrimonio de la dignidad cultural del país, en la misma forma que a su tiempo lo hicieran en nuestra América Martí, Montalvo, Sarmiento, Cecilio Acosta, Bello, Rodó, Gonzáles Prada y Gabriel René Moreno y otros más que tuvieron el privilegio de saber que nuestros valores regnícolas están fuertemente reatados a nuestro destino histórico.

Difundida en todo el mundo la muy personal y gustosa apreciación de Pelayo, esta persistió con obstinación en el criterio de muchos escritores nacionales, al punto de haber asumido cierta personería "oficial" por decirlo así, tanto que don Rosendo Villalobos en su pequeño libro "Letras Bolivianas" (1936) acepta el crierio de Pelayo sin más argumento que su buena voluntad, dando la impresión de que no quedaba otro recurso que el de someterse a la servidumbre pelayesca.



Pero Enrique Finot, no habría de incurrir en semejante descuido y con la energía de su limpia jerarquía intelectual, corrigió y rectificó al erudito español; hecho a que a juicio nuestro, constituye un serio antecedente histórico en el campo de las investigaciones sociológicas de las letras nacionales. Correspondió pues a Finot el privilegio de haber asumido en Bolivia la tarea responsable de hacer los reparos necesarios al insigne erudito español. Y es a partir de este hecho que las letras nacionales pueden exhibir sin dubitación alguna, los mejores títulos de su personalidad y de sus tradiciones históricas encarnadas en sus brillantes escritores que en la "Historia de la Literatura Boliviana", aparecen tan sagazmente juzgados por Finot.

Antes de tomar el juicio de Finot, conviene al esclarecimiento de este proceso, anotar algunos antecedentes que adquieren valor probatorio y que tienen completa atingencia con una sencilla intervención mía.

Informado por la prensa nacional en 1943 de que el entonces Embajador de Bolivia en México don Enrique Finot daría a la publicidad una obra de carácter histórico-crítico de la literatura nacional, me apresuré a escribir al nombrado diplomático haciéndole conocer mi opinión acerca del pensamiento de Menéndez y Pelayo con relación a la historia de las letras nacionales en el período del coloniaje. Decidí además, proponer que la rectificación correspondía hacerla a Finot, ya que en ese momento se encontraba preparando una valiosa obra documental sobre la historia de la literatura boliviana.

La carta que escribí a Finot, está fechada en 7 de enero de 1943 y la "Historia de la Literatura Boliviana" terminó de imprimirse el 15 de diciembre del mismo año en los talleres de la Imprenta Andina, Robredo y Rosell de la ciudad de México. Hsta entonces, yo no había conocido el contenido de la obra ni el propósito que Finot tenía de rectificar a Menéndez y Pelayo puesto que mi carta fué despachada once meses antes de que el libro fuera puesto a la circulación.

De este antecedente, se puede deducir: 1º Que Finot fué el único y el primer escritor boliviano que en 1943 rectificó al ilustre erudito español, Marcelino Menéndez y Pelayo, calificando la opinión de éste de "inexacta y absurda"; y 2º que me asiste la satisfacción de haber coincidido plenamente con el pensamiento de Finot en cuanto se refiere a lo fundamental del criterio menguado de Pelayo. El propio Finot al recibir mi carta ha debido admitirlo así. He aquí lo que ella decía:

"Potosí 7 de enero de 1943. Excmo. Sr. Ministro Dr. Enrique Finot. México.— Excmo. Sr. Ministro.— Hace algún tiempo la prensa de nuestro país, anunció la aparición de un nuevo libro suyo. Su brillante pluma de alta estirpe intelectual debía darnos otra enjundiosa obra: me refiero a su "HISTORIA DE LA LITERATURA BOLIVIANA" que acaba de ser editada en esa ilustre capital.— Esta obra que hacemos conocer en Bolivia, despejará para siempre el juicio injustificado de don Marcelino Menéndez y Pelayo que al referirse a nuestra Patria, decía: "Bolivia no tiene historia independiente en la época colonial ni mucho menos tradiciones literarias". Aun cuando don Rosendo Villalobos se hubiera conformado con tal afirmación como así se repara en su libro "Letras Bolivianas" (Ed. Boliviana. La Paz 1936), muchos de los que trajinan las cosas e ideas de nuestro país, admiten que tan notable erudito no tuvo razón, y acaba de decirlo también el ilustre escritor peruano don Jaime Alberto Sánchez, quien el comentar de modo sintético la novela "JUAN DE LA ROSA" de Natanael Aguirre, asegura que "es la novela histórica de más firmeza que muchas modernas mal llamadas históricas" (Kollasuyo Nº 43. p. 97. La Paz 1942).— Si al ilustre erudito español le hubiera sido dado penetrar en lo hondo de la obra medular de don Gabriel René Moreno, el Costa Americano, estoy seguro que Menéndez y Pelayo no habría emitido tal juicio. Pues, sus "Elementos de Literatura Preceptiva" (Santiago-1891) y toda su fecunda producción intelectual hasta los "Ultimos Días Coloniales" su obra cumbre, revelan que Bolivia tiene tradición literaria, aun cuando no con los caracteres de la uruguaya de la que Alberto Zum Felde acaba de publicar "Proceso Intelectual del Uruguay y Crítica a su literatura" (Ed. Claridad. Montevideo 1941), o de la literatura argentina enjuiciada notablemente por don Ricardo Rojas, o de la de Puerto Rico analizada por Hostos o la chilena estudiada por Lastarria, y en fin de todo ese proceso histórico encarnado en la mentalidad de los "Hombres de América" que llamó Rodó.— Gabriel René Moreno, sí, representa nuestra edad de oro en las letras nacionales, sin desmerecer a otros grandes valores bolivianos. Mas, no tengo autoridad para referirme a este punto, ya que uno de los más autorizados moralistas en Bolivia es Ud. Bien conozco su amplia investigación en este aspecto distinguido Sr. Ministro.— "Historia de la Literatura Boliviana", servirá como Ud. dice, si a mano viene, "como texto de consulta para los cursos de historia literaria americana en Colegios y Universidades".— Yo creo que servirá para algo más: para orientar el pensamiento intelectual de América, que aún nos desconoce en este aspecto.— Las reservas que anota Ud. al comentar su obra, provienen a los estudiosos del país sobre la necesidad de que se le envíen datos históricos sobre la producción literaria de Bolivia. A este respecto quiero ser útil a Ud. Sr. Ministro y me será grato proporcionarle algunas apuntaciones que deseo sean de su agrado. "Nuestra mayor satisfacción será la de ver que este ensayo contribuya a despertar fuera de Bolivia, interés, así como la de comprobar que sirve de estímulo a la juventud boliviana que piensa y escribe". — Expreso al Excmo. Sr. Ministro mis respetos con que me suscribo. Atentamente. **Hugo Bohorquez R.**"

Finot tuvo la amabilidad de responderme tres meses después. Tengo entre manos su carta autógrafa que dice así:

"Embajada de Bolivia.— México. 20 de abril de 1943.— Sr. D. Hugo Bohorquez R.— Potosí.— Bolivia.— Muy apreciado señor:— Le ruego perdonar la demora con que respondo a su atenta carta de fecha 7 de enero del año en curso, que se refiere a la publicación de mi último libro, HISTORIA DE LA LITERATURA BOLIVIANA.— Quedo muy agradecido por sus bondadosos y amables conceptos sobre mi modesta labor intelectual, orientada siempre en el sentido de servir a nuestro país.— Como Ud. supone con tanto acierto, mi nueva obra va enderezada a rectificar falsos juicios sobre Bolivia, como los de Menéndez y Pelayo que nadie en nuestro país se había ocupado de rectificar. Ud. verá, cuando reciba mi libro, que tengo el gusto de enviarle por correo ordinario, que hemos coincidido ampliamente en casi todos los puntos que Ud. consigna en su citada comunicación.— Me será muy grato recibir las apuntaciones que Ud. me ofrece para una segunda edición de mi HISTORIA, cuya necesidad he comprendido desde antes de publicar la primera.— Me veré muy honrado también si Ud. se digna emitir un juicio sobre mi libro en la prensa de Bolivia.— Me ofrezco cordialmente como su atto. amigo y servidor.— **E. Finot**".

Situada en sus dimensiones de veracidad —cuando menos así lo testimonian las dos cartas que acabo de leer— la singular coincidencia entre el pensamiento de Finot y el mío, conviene ahora conocer la nota airada con que el escritor cruceño rectifica a Menéndez y Pelayo en el Cap. I de su libro: "Crítica a Menéndez y Pelayo. Juicios equivocados sobre Bolivia y su literatura" que dice así: "Por una falta de información amplia y completa, la modesta aunque interesante literasante literatura boliviana es casi desconocida en Europa y en el resto de América. Así se explica los despectivos juicios de don Marcelino Menéndez y Pelayo en su "Historia de la Poesía Hispanoamericana" cuando dice refiriéndose a Bolivia, que, "Esta República creada por la voluntad omnipotente de Simón Bolívar en obsequio al equilibrio que él pensaba establecer entre los estados de la América del Sur, no tiene historia independiente en la época colonial, ni mucho menos tradiciones literarias..." Y continúa luego: 'Pasando por alto las inexactitudes de carácter histórico y los absurdos estadísticos en que incurre el ilustre crítico español que, como se vé, también acostumbraba despacharse a su gusto sobre temas que ignoraba, se nos hace [illegible] puntualizar que el hecho de haber formado parte de los Virreynatos del Perú y de Buenos Aires durante la época colonial, no es motivo para atribuir al antiguo Alto Perú, hoy Bolivia, una absoluta falta de personalidad en ese período, si se considera que tuvo Audiencia, Universidad y Arzobispado mucho antes que la tuviera Buenos Aires; que esta misma futura metrópoli sudamericana convertida en capital de Virreynato y sede audiencial en las postrimerías de la dominación española, dependió del Alto Perú en

(Pasa a la pág. 4ª).

"Literatura Boliviana" de Fernando Diez de Medina

Fernando Diez de Medina ha escrito su "LITERATURA BOLIVIANA" llevado de un amor desbordante por la cultura nacional todavía sin formas definidas, pero ya con un ansia de lograr sus característicos perfiles. Desde la primera página se siente palpitar su amor místico por la tierra, expresado en forma recia, bisarra y altiva, de entonación tan briosa y robusta que cautiva al lector. El mismo confiesa que las páginas de su obra están "escritas con profundo amor, con dolor profundo, porque llevan el sello genial y virginal del pueblo que las vió nacer".

Fernando Diez de Medina contempla el paisaje de la literatura boliviana desde sus grandes contrastes y en el juego de los contrastes y con el impulso de la pasión "templada al fuego" construye su obra henchida de un espíritu soñador, a veces poco aficionado a la crítica y a la investigación. Trata de buscar el justo medio y con la ayuda de su prodigioso sentido estético quiere descubrir y desentrañar la verdad de nuestras letras mediante la simple depuración de todo lo que no constituye fundamental y básico. Esta intención, lograda plenamente, es el mejor galardón de su libro ya que hasta ahora los exploradores de la historia de nuestras letras han acumulado su repertorio sin criterio selectivo, llevados más por el deseo de presentar un completo catálogo de todo lo que se ha escrito en Bolivia.

Sus juicios sobre la literatura boliviana no parten de la colonia, sino de los tiempos míticos. Premisa original, pero muy audaz y peligrosa. Fernando Diez de Medina sostiene que las literaturas "arrancan su origen de la cosmogonía y de los mitos". "¡Mirad a las montañas, es la cuna del alma nacional!" —exclama con todo el fervor místico de su pasión. Es algo así, como el místico profano que escudriña en la tierra el embrión del espíritu boliviano. En el sentido profundo de las tradiciones están, para él, los orígenes de nuestra literatura todavía incipiente, pero destinada a dar grandes escritores al Continente.

Sin duda alguna este es el punto más flaco de su obra; es aventurado afirmar que la literatura boliviana se inicia con la geología y con los mitos. El autor quiere encontrar nuestra suprema unidad, en cuanto a validez literaria, en las tradiciones aimarás y quechuas.

Pero no advierte que las tradiciones de los pueblos sin literatura corren por el espontáneo cauce de la transmisión oral que a través de los diversos canales del tiempo se desvirtúa y deforma. Los pueblos aimará y quechua no tienen una literatura y, por consiguiente, es prematura y audaz el intento de querer trazar una semblanza estética de ellos. Si la valoración de la estética egipcia, por ejemplo, no ha sido perfectamente enfocada es por la falta de documentos literarios. ¿Cuánto más difícil no será calibrar los afanes literarios de pueblos que no han legado un solo documento gráfico, objetivo?

Es cierto que la tradición oral ayuda mucho, pero no es suficiente porque las más de las veces presenta una caricatura grotesca de lo que fueron los pueblos primitivos. Así el origen de los cuentos egipcios es antiquísimo con el particular encanto de que abordan los mismos temas que cantan los modernos fellahs. Pero hay mucha diferencia entre el texto, esa transmisión oral que hoy utilizan los fellahs y aún los mismos temas que recoge Herodoto en sus libros de historia.

El empeño es pues, imposible.

Nada está tan expuesto a equivocación como el tratar de interpretar el sentido estético de un pueblo cuando no se poseen documentos gráficos, testimonios fehacientes de sus transformaciones artísticas. Ni siquiera obras aisladas —en nuestro caso versiones castellanas de la colonia—, por grande que ellas sean, pueden dar una noción total de la cultura estética de un pueblo. De la literatura asiriobabilónica se poseen poemas originales, de una grandeza solemne como los de Isthar, pero nadie se ha arriesgado o a perseguido el intento temerario de bocetar el panorama literario de Ninivé y Babilonia. Fernando Diez de Medina por más que escudriña con paciencia y amor los fondos más recónditos del tiempo mítico o trata de interpretar la [illegible]ción literaria de aimarás y quechuas a través del poder telúrico, no llega a ninguna conclusión satisfactoria.

Toda historia de la literatura racionalmente compuesta, lógicamente desarrollada supone la confección de una previa antología donde se hayan reunido la serie de pruebas y documentos necesarios para el apoyo de la crítica. Y esto, porque una severa disciplina literaria no se puede formar con un criterio estético "a priori". Es preciso el estudio objetivo y profundo donde se manifiesten el sentido de lo elegante y el ideal de lo bello. ¿Cómo distinguir géneros y autores, extraer variedad de lecciones, comprender la evolución de una determinada lengua, su influencia en la cultura o simplemente afirmar la vitalidad estética de un determinado pueblo si no se cuenta con la base sólida de las obras legadas por ese pueblo?

La fecundidad estética sólo se puede medir en sus exactas dimensiones a través del hecho felicísimo y perpétuo de los monumentos literarios y arquitectónicos. Los segundos sin el eterno remozamiento que constituye la literatura no dicen nada, no emocionan y permanecen fríos, impenetrables ante la creciente curiosidad de los investigadores. ¿Qué decían a la humanidad, o concretamente a los fellahs, las pirámides antes de que Champolión y los egiptólogos llegaran a descifrar los jeroglíficos? Absolutamente nada. Eran tan impenetrables al ingenio humano y a su afán interpretativo como la esfinge de ojos oscuros y salvajes que extiende su sombra sobre las arenas del desierto como un desconsolador enigma. Ante el mismo desconsolador enigma estamos cuando contemplamos las ruinas prealmarás o aimarás.

Es cierto que la tradición oral, como afirmaba más arriba, siempre tergiverzada y refundida en el crisol del tiempo, es elemento de valor inapreciable para descubrir el fondo oscuro de lo que permanece dormido en la noche de las edades. Fernando Diez de Medina se aferra a esta tradición oral y quiere extraer sus entrañas con exquisita delicadeza poética todo lo hondo y lo vivido de nuestras razas nativas. Pero apenas se perciben con cierta claridad, con esa claridad nebulosa de los amaneceres en las montañas, uno que otro rasgo de las apagadas fisonomías espirituales de los primitivos pueblos que habitaron el Alto Perú. Querer encontrar los elementos necesarios para interpretar el remoto pasado en la contemplación del paisaje, en la tradición oral o en la fábula, es sólo volar en alas de la fantasía.

El resto del libro —desde la Colonia hasta nuestros días— muestra juicio sereno, equilibrado y gran erudición. Todas sus páginas están magníficamente estructuradas y, sin lugar a duda, constituyen la fuente más rica y autorizada para emprender cualquier estudio serio sobre la materia. La profunda sensibilidad artística de Fernando Diez de Medina, su cultura humanista y su rico lenguaje le permiten sondear con acierto nuestra producción literaria. Y su sondeo es tan sutil y agradable al lector como el dulce y suave deslizarse de la luz lunar en el agua profunda y quieta de un pozo lleno de sugerencias y misterios.

Fernando Diez de Medina hace gala,, sin alardes de erudición, de un perfecto conocimiento del hombre y del suelo boliviano. Tiene la virtud y habilidad de exponer toda la riqueza de sus conocimientos con una amenidad exhuberante que, en muchos pasajes, recuerda al crítico y polígrafo español Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Por otra parte, la exposición es clara y acequible al lector más profano en la materia. Realmente en este detalle se prueba que la intención del autor de "LITERATURA BOLIVIANA" ha sido la de combinar en un mágico alambique, en un prodigioso surtidor de bellezas la claridad expositiva con el rigor que exige la historia crítica de la literatura. El libro es realmente pedagógico y muy bien puede adaptarse como texto oficial de enseñanza no sólo por la visión completa que da del desarrollo de nuestras letras sino también, y esto es muy importante, porque es un ejemplo de buena literatura y de castellano castizo.

El estilo fluye fácil y regio, con un lirismo vibrante, esencialmente poético. Prosa realmente castiza, amalgamada en la pasión y el amor por las cosas de la tierra, con esa "lógica de la pasión" de la que nos habla Don Miguel de Unamuno y el autor expresa en todo el desarrollo de su obra. Pasión que no enceguece ni desvía el propósito de presentar un cuadro verdadero del proceso cultural de Bolivia enfocado desde el ángulo de las bellas letras.

Crítico sagaz y de una honda vena poética, Fernando Diez de Medina ha escrito en "LITERATURA BOLIVIANA" una de sus mejores páginas. La construcción perfecta en la forma y el fondo, la belleza de un estilo tan cadencioso y preñado de emoción que invita a saborear y que a ratos parece cincelado en los vastos ámbitos de las montañas graníticas, le consagran definitivamente como a uno de los mejores escritores de habla hispana.

Desfila ante los ojos asombrados del lector el variado y extenso panorama de nuestra literatura desde el prisma multicolor, magnífico y perfecto, que hace recordar el maravilloso viaje del pequeño héroe de Selma Lagerlof por el vasto mundo escandinavo en alas de un viejo pato.

Toda la obra es fruto de sus templados estudios, con puntas y ribetes de una verdadera paciencia monacal. El solo hecho, amigo lector, de leer toda la producción jurídico humanística de la época colonial que, en gran parte, es embarazosa y árida por las dificultades del castellano arcaico y el estilo pesado, es ya una hazaña que Fernando Diez de Medina, la ha realizado con esfuerzo generoso seguramente por primera vez en Bolivia. De ahí que sus conclusiones sobre la etapa colonial sean sutiles y su crítica honda, tan honda que llega a calar en el mismo meollo de la etapa de la dominación española en el Alto Perú.

Entre todas las condiciones inapreciables de "LITERATURA BOLIVIANA" sobresale la pureza y la elevación de su sentido espiritual profundamente democrático. Y a través de su convicción democrática proyecta las figuras de nuestros principales hombres de letras. Allí están Ricardo José Bustamante, poeta de diestro manejo en el verbo; Emeterio Villamil con toda su potencia imaginativa; Baptista con su estido florido y lleno de metáforas; Aspiazu, con su vasta erudición Vaca Guzmán, con todo su genio apostólico; Omiste, castizo y flexible; Brocha Gorda, clásico y algo barroco; y la inquieta Zamudio y la delicada Linduara de Campero; el fino ingenio de Julio César Valdés y la infatigable erudición de Manuel Vicente Ballivián; el autor de "Juan de la Rosa" y Babriel René Moreno, el escritor por excelencia y culminación del pensamiento del siglo XIX; Daniel Sánchez Bustamante, Alcides Arguedas y el amable Juan Francisco Bedregal; Mendoza y el gran don Ricardo Jaimes Freyre "de la apostura bizarra y los bigotes mosqueteriles"; Abel Alarcón, Chirveches y el atildado Eduardo Diez de Medina; Franz Tamayo, el "emperador de las letras bolivianas; Gregorio Reynolds, con su asombroso dominio del idioma; Ignacio Prudencio Bustillo, con su sentido de la proporción; José Eduardo Guerra, con su pesimismo, y Gustavo Adolfo Otero y Carlos Medinaceli...

Así, todas las figuras del ingenio boliviano se reflejan fielmente en "LITERATURA BOLIVIANA", obra de un verdadero artista y de un depurado esteta que aconseja a las nuevas generaciones someterse "a una escuela de disciplina y autocrítica, para combatir la ignorancia, la pereza, la ausencia de sentido de medida y de buen gusto que vienen frustrando la producción media del país."

El Panamericanismo

Por Humberto Valdez

Gran parte de América era ocupada por dos Imperios poderosos que habían alcanzado una civilización notable. Los aztecas en Méjico y los Incas en el Perú; éstos últimos habían impreso en sus costumbres una comunidad feliz. Leyes sabias regulaban su estructura social y política, obteniendo gran prosperidad económica debido a la forma inteligente como explotaban la tierra, sobresaliendo en el arte de la arquitectura, cerámica, metalurgia y textil. Gobernaba este poderoso Imperio el décimotercero monarca Atahualpa de la dinastía incásica. Y como es regla que todo en el mundo tiene su fin, este colosal Imperio desaparecía ante la cruel avalancha de Pizarro. Así como el Imperio azteca había sido destruído por el conquistador Cortés, quien llegó a quemar sus naves demostrando en esa forma su resolución de no volver las espaldas en su afán de conquista, el Imperio de los Incas caía por la astucia de Pizarro.

Atahuallpa el noble soberano que repartía justicia y gobernaba con leyes sabias, encontrándose en Cajamarca para asistir a una cita a la que había sido invitado por Pizarro, asegurando que la entrevista sería amigable y cordial, tanto que el monarca confiado en la palabra del caballero blanco, presentóse con su séquito de dignatarios de toda la corte y miles de vasallos que llevaban vestidos de fiesta adornados con ricas joyas, tocando instrumentos de música y danzando a su compás en medio de la alegría. Los nobles y el monarca eran conducidos en ricas literas adornadas de plata y oro, y avanzaban aclamados por todo el pueblo, para caer luego en la celada que, con fría brutalidad, había preparado Pizarro, engañándolo en su buen fe.

Atahuallpa no sospechaba siquiera que sus días de dominio estaban contados y que en medio de esa alegría de la que participaba con tanto entusiasmo su pueblo para recibir a los extraños hombres europeos, surgiría la ruína de su Imperio. Esa ceremonia era la última de la dinastía, y la entrevista fué el principio del fin del Imperio y monarca. La traición y la fuerza acabaron con la nación y su cultura, desapareciendo para siempre una grandiosa civilización, cuyos vestigios en el Cuzco nos dan la medida de su poderío.

Sustituyen el gobierno del Imperio, trescientos años de Colonia al fin de los cuales los patriotas con el ideal de alcanzar su independencia y siguiendo las inspiraciones de la revolución francesa y la independencia de Norte América, con ímpetu desbordante arrojan a la Monarquía ibérica para llegar a formar naciones libres, teniendo como principio fundamental el Derecho del hombre, su libertad personal, pensamiento y expresión.

Se consigue la libertad a precio muy caro. Todos los pueblos luchan con valentía y con desprecio de sus vidas. Al Alto Perú, hoy Bolivia, le toca la peor parte: sostiene la lucha durante 15 años y la sangre baña todo su territorio. Felipe dos Santos, José da Silva Xavier en el Brasil, Pedro Domingo Murillo en Bolivia y el poeta Melgar en el Perú, y muchos otros mártires de la libertad en los demás países mueren en la horca y sus cuerpos martirizados sirven como bandera de lucha. Ellos son los auténticos precursores de la libertad y protomártires de la independencia. A ellos debemos glorificarlos porque a ellos les debemos este clima de libertades que respiran los pueblos de América. Ellos fueron el nervio y la acción en la lucha por la libertad. A ellos debemos levantarles monumentos que perduren por todos los siglos como un homenaje de las generaciones del mundo americano.

En este panorama angustioso se hace presente el libertador Simón Bolívar, acompañado del Mariscal José Antonio de Sucre, de San Martín, Artigas, O'Higgins. Estos genios militares en grandes batallas destruyen definitivamente las cadenas de la opresión después de gloriosas batallas proclamando la libertad de nuestra América y su independencia.

Los antiguos Virreynatos, Audiencias, Capitanías pasan a constituir naciones que conscientes de la grandeza de su destino, tratan desde sus primeros años de organizarse y crear una sola conciencia continental.

Bolívar, sociólogo y soldado ejemplar, líder de la libertad, anhelaba hacer de América una confederación de países, sin más límites que los océanos que nos rodean y con una sola unidad social. Pero los políticos no le comprenden y ven en esta luminosa idea una segunda intención. Injustamente se le acusa de tener ideas imperialistas, cuando justamente probó ser republicano y demócrata. Recibe una vez una carta original proponiéndole que se coronase. Todo indignado envía la carta original al General Santander y le expresa entre otras cosas: "Yo sólo quiero vivir ciudadano y morir libre".

Al calor de estos ideales, profundamente arraigados en su corazón expresa en otro documento histórico: "Es una idea grandiosa querer formar de todo el nuevo mundo una sola nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tienen un origen, comunes costumbres, y una religión, deberían por consiguiente tener un solo gobierno que conferedase a los diferentes Estados que hayan de formarla".

Después de haber quedado Colombia constituída como nación en 1821, don Joaquín Mosqueira, plenipotenciario de Bolívar, quedó facultado por el Libertador para invitar a los demás países a [illegible]ra Conferencia Sudamericana. Con fecha 7 de septiembre de 1824, Bolívar dirigió a todos los países del Continente una circular, mediante la cual se les convocaba al Congreso de Panamá, de acuerdo con lo expuesto en la carta de Jamaica de 6 de septiembre de 1815 y en su mensaje al Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de La Plata firmada el 18 de septiembre de 1818 en la Angostura. Brasil se hizo presente nombrando su Plenipotenciario al Consejero Teodoro José Biancardi, de acuerdo con lo que cita en su Derecho Público Internacional el publicista Clovis Bevilagua. El Príncipe Americano como le llamaba a Bolívar se pone a tono con los ideales en boga en aquellos tiempos. En el documento histórico al que aludimos líneas arriba, manifiesta nobilísimos pensamientos sobre americanismo que hoy en coferencias y otras actuaciones, no se hace otra cosa que repetirlos. Basta extractar estos párrafos que trasuntan su decisión por los ideales americanos: "El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes fijará en la historia de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestros derechos políticos y recuerde los pactos que consolidaron sus destinos registrará con respeto los Protocolos del Itsmo. En ellos se encontrará el Plan de las primeras alianzas la marcha de nuestras relaciones con el universo. Qué será entonces el Itsmo de Corinto comparado con el de Panamá? Son estos pensamientos que se difunden en nuestra América, creando muy hondo ese sentimiento Panamericano.

Al fin se instala el primer Congreso el 21 de julio de 1826, buscando fundar la Unión Panamericana y fomentar las relaciones económcias y políticas entre todos los países del hemisferio. Ahí se debaten y sientan las bases para la organización jurídica del Continente, llegándose a suscribir interesantes Tratados, entre ellos podemos citar el Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpétua, entre las Repúblicas del Perú, Colombia, Centro América y Estados Unidos de México. Sobre todo, la idea que prevalece en el Tratado de Panamá es la de defender la independencia americana de todos los peligros de reconquista y de alianza protectora ya que los Estados se comprometen recíprocamente a sostener la soberanía, independencia y su integridad territorial. Después, ante la amenaza de España al Ecuador, se realiza el Congreso de Lima en el año 1847, el que en su afán de solidaridad panamericana, concluye un Tratado de Comercio y Navegación; una Convención consular, otra de Correos y de Confederación entre los signatarios que son: Bolivia, Chile, Ecuador y Nueva Granada. En la misma capital y a fines de 1864 y siempre con la idea americanista, traduciendo el espíritu predominante, se llega a concluir Tratados sobre Derecho Procesal, Penal, Civil y Comercial, entre los Delegados de Colombia, Argentina, Venezuela, Chile, Bolivia y Ecuador.

También se suscribe un Protocolo fijando reglas para la aplicación de las leyes de cualquiera de los Estados contratantes, siendo todos ellos colectivamente suscritos. Es interesante anotar que cuando se trataba de establecer privilegios aduaneros aplicando el "Zolverin" que había logrado la unidad alemana bajo la hegemonía de Prusia, el delegado argentino Sáenz Peña, oponiéndose a esos privilegios, valientemente, sienta la generosa fórmula: "América para la humanidad".

Luego, Estados Unidos asume la iniciativa de propiciar reuniones continentales. Así que termina la guerra del pacífico el Secretario James G. Blaine, con el fin de establecer reglas de Derecho Internacional y de unidad económica, alienta dicha Conferencia, la cual es, indudablemente, el comienzo de la unidad colectiva panamericana. Se inicia el período de sesiones el 2 de octubre de 1889 y termina el 19 de abril de 1890, en Washington, en ella se fisonomiza el Continente armonizando su posición jurídica y económica. En esta Conferencia se crea "La Unión Internacional de las Repúblicas Americanas", para la compilación de datos destinados al Comercio, concluyendo por adoptar 19 recomendaciones sin que se llegara a formalizar ningún Tratado. En la II Conferencia celebrada en México, la Oficina de la Unión Internacional asume un carácter político y de preparación de Conferencias, reorganizándose en esa forma la Unión y restándole influencia en ese organismo internacional a la Secretaría de Estado que hasta entonces ejercía cierta supervigilancia. En esta Conferencia se llega a aprobar 4 Tratados, 6 Convenciones, 1 Protocolo y 8 Resoluciones.

Cuatro años más tarde, en la III Conferencia realizada en Río de Janeiro en el año 1906, se intensifica el carácter político de la Unión Internacional Panamericana, atribuyéndole facultades para preparar los asuntos referentes a los Tratados y Convenciones entre las Repúblicas Americanas. En la IV Conferencia llevada a cabo en Buenos Aires en 1910, se ratificaron las finalidades de la Unión Internacional, y se introduce el Derecho de representación de las Repúblicas que no tuviesen agentes diplomáticos en Washington, por uno de sus miembros. En este mismo Acuerdo, se crea, en las capitales de los diversos Estados, Comisiones Panamericanas dependientes del Ministerio de Relaciones Exteriores, y compuestas por antiguos delegados a las Conferencias y otros asuntos importantes, habiéndose suscrito 4 Convenciones y 20 Resoluciones. Luego la V Conferencia que debió reunirse el año 1914, fué postergada por la guerra hasta el año 1923, celebrándose en Santiago de Chile. Introduce en la Organización de la Unión, para armonizar la obra de ésta con las necesidades de una mayor vinculación continental con las tendencias contemporáneas de la cooperación internacional, aprobando 1 Tratado, 3 Convenciones y 67 Resoluciones. El Tratado para evitar y prevenir conflictos entre los Estados Americanos (Convención Gondra).

La Convención de Santiago, introdujo también ciertas normas tendientes a armonizar la acción de la Conferencia con los postulados ya bien delineados de cooperación internacional. Con este objeto, se crearon cuatro Comisiones permanentes para asesorar al Consejo Directivo en los siguientes aspectos:

a) Al desarrollo de las relaciones económicas y comerciales;
b) A la organización del Trabajo en América;
c) Al estudio de las cuestiones de higiene;
d) A la cooperación intelectual.

La VI Conferencia Panamericana se realiza en La Habana durante el año 1928, siendo a nuestro concepto una de las más importantes por haber llegado a muchísimos acuerdos, suscribiéndose un Convenio que precisa el carácter de la Unión como Asociación que, por su contenido moral, afianza o mejor dicho descansa en la igualdad jurídica y el respeto recíproco sin afectar la independencia de sus miembros. La declaración de principios de acción conjunta de cooperación se valen de organismos que pueden ser utilizados, siendo estos los siguientes:

a) Las Conferencias Internacionales Panamericanas;
b) La Unión Panamericana bajo la dirección de un Consejo Directivo con sede en Washington.
c) Cualquiera otro que pueda ser establecido en virtud de Convenciones especiales.

El Consejo Directivo de la Unión se forma por los representantes de cada uno de los gobiernos pueda designar. El Consejo elige anualmente un Presidente y un Vicepresidente. El Directorio está formado por un Director y un Subdirector, que es el Secretario del Consejo Directivo.

Se sostiene la Unión mediante cuotas en proporción a la población de los Estados Miembros, los cuales son fijados por el Consejo Directivo. La Convención establece también que la Unión debe compilar y distribuir los informes relativos al desarrollo comercial, agrícola, industrial, educacional y de todas las actividades que tuvieran desarrollo importante en los países afiliados, pudiendo el Consejo Directivo promover la reunión de expertos con el fin de estudiar los problemas de carácter técnico de interés mutuo.

La Unión también se hace depositaria de los instrumentos diplomáticos que constituyen la ratificación de Convenios suscritos en las Conferencias, pudiendo el Consejo Directivo promover Conferencias de carácter técnico para estimular el desarrollo industrial económico de sus miembros.

La Conferencia de La Habana suscribió interesantes Convenciones y muchas Resoluciones, siendo las más importantes la Convención sobre Neutralidad marítima; Convención sobre Derecho Internacional Privado y el Código Bustamante, debidamente ratificados; pero con reservas este último; coordinación de trabajos de organización panamericana y la creación de Comisiones; condición de los extranjeros; funcionarios diplomáticos; agentes consulares; Asilo, Deberes y Derechos en caso de luchas civiles.

La VII Conferencia Internacional Americana llevada a cabo en Montevideo el año 1933, llega a acuerdos de carácter económico y comercial, tratando de alentar en intercambio de mercaderías entre las naciones asociadas e instando a rebajar las tasas arancelarias y a entrar en Convenios bilaterales de reciprocidad sobre la base de concesiones mutuas; declaración sobre el uso de ríos internacionales con fines industriales y agrícolas; Resolución sobre métodos de codificación de Derecho Internacional, para cuyo fin se acuerda la creación de Comisiones de Expertos y la Comisión Internacional de Jurisconsultos, y la creación de una Comisión Jurídica en la Unión Panamericana. En la Sexta Conferencia Panamericana, en la cual se aprobó el Código Bustamante, se formuló una Resolución sobre codificación del Derecho Internacional, mediante la cual se crearon tres Comités Permanentes, uno en Río de Janeiro para los trabajos de investigación de Derecho Internacional Público, otro en Montevideo, para investigaciones de Derecho Internacional Privado, y el tercero en La Habana, para la unificación de legislaciones y el estudio de una legislación comparada, la que fué enmendada en la Séptima Conferencia la que recomienda el mantenimiento de las Comisiones arriba indicadas. (1)

La VIII Conferencia Panamericana se realiza en la ciudad de los Virreyes, la señorial Lima, donde aprueba la Resolución sobre la codificación del Derecho Internacional por medio de los organismos creados para tal objeto, las que en adelante tomarán el nombre de Conferencia Internacional de Jurisconsultos Americanos que se ocuparían del estudio doctrinario del Derecho Internacional y de Legislación comparada; Declaración de los Derechos Humanos, mediante la cual las repúblicas americanas, no reconocen la guerra como medio legítimo para resolver diferencias internacionales ni nacionales, y expresan que cuando se recurra a ellos en cualquier región del mundo se respeten los derechos humanos y el patrimonio espiritual y material de la civilización. También la Declaración hecha en favor de los Derechos de la Mujer, estableciendo que la mujer tiene derecho:

"a) A igual tratamiento político que el hombre;
b) A gozar de igualdad en el orden civil;
c) A las más amplias oportunidades y protección en el trabajo; y
d) Al más amplio amparo como madre".

(Continuará)

Paisaje Provinciano

Por Mario Lara Claros

AGUAFUERTE

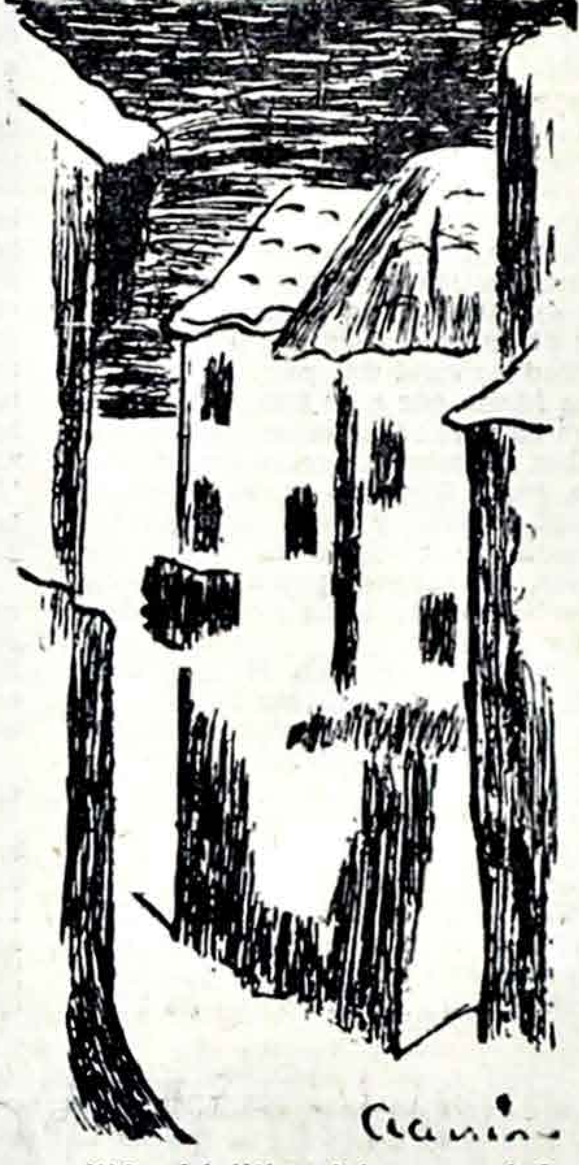
Cuando las rachas del Invierno recrudecen y los días amanecen con el rocío escarchado sobre los tréboles en los parques citadinos, los estudiantes provincianos, al igual que las palmípedas, emigran hacia climas más benignos. Cada uno busca su ruta y la movilidad que lo trasladará hasta su añorado lar... ¡Con qué gusto respira el aire polvoriento de su carretera! Sus ojos le chispean de alegría y su sangre se aligera cuando reconoce las características de su poblado. ¡Allá está la torre de su iglesia! ¡Esta es la huerta de sus amigos donde ha pasado momentos tan gratos en su adolescencia! Sí, éste es el río donde ha dejado la mitad de su alma, a cambio del cuerpo que con él ha adquirido. Finalmente el tejado de las casas, patinosas, donde no es extraño ver uno que otro moginete con algún indolente cactus, o unos sarmentosos y tentaculares musgos, que como espeluznantes tarántulas de leyenda, cuelgan de los aleros y sobradillos ruinosos de las casas coloniales.

Las calles, unas de rectitud geométrica y otras sinuosas, planas o pendientes y cuestas abruptas según la posición topográfica de los poblados; todas llevan el característico empedrado con los rodados del río, conservando esas figuras y arabescos, con que los canteros españoles sabían darle gracia y belleza a sus calles, donde no es extraño encontrar ingeniosos combinados con huesos —cabezas de fémur y rótulas— claveteadas en las aceras de ciertas poblaciones... ¡Al fin los ojos tropiezan con su familiar portón o han reconocido la puerta de su tienda callejera —celeste o verde, alguna vez café— generalmente a medio labrar, sin el barniz protector.

¡Cómo tiene que abrazar un recién llegado! Los ojos tutelares advierten que los adolescentes han crecido y que el bozo en la carita de manzana del muchacho de diez y siete va tornándose en bigote y barba que le sombrea las patillas y el mentón a unos espesamente como bosque tropical, y a otros, la incipiente barba lampiña, como esas llanuras orientales de la patria, donde la sábana tiene unas solitarias y equidistantes palmeras cimbradas por el vendaval bochornoso de la canícula...

Los prohombres de la provincia se congregan a parlamentar en la plaza principal, bajo la sombra complaciente y cómplice de los añosos árboles ornamentales, sean éstos sobrios pacaes o magnolias floridas, tarcos o primaveras, cuando no fúnebres casuarinas o encendidos ceibos. Extraña reunión social de panzudos gamonales con pinches de la burocracia administrativa fiscal; allá está el arrendatario y el propietario, el prestamista usurero y el deudor moroso o insolvente, el indolente correista y el plumario del juzgado, el chismoso telegrafista y el alcalde carcelero; allá también se cuenta la patriarcal figura del connotado ciudadano más antiguo del campanario, contando cosas míticas de pasadas décadas, mientras chupa un humedecido cigarrillo entre sus mostachos nicotinados y accionando con la huesuda mano su duro bastoncillo de caña carrizo, ante los ojos atónitos e incrédulos de los mozalbetes de posteriores generaciones.

Son en estas reuniones donde se planea y discute el porvenir de la provincia; es aquí, donde con brío se muestra la importancia o el perjuicio de ciertas vías de comunicaciones que proponen, o la ordenanza —en proyecto— estableciendo o suprimiendo nuevas gabelas que perjudiquen o impulsen el tesoro municipal. Aquí se califica el haber de los méritos de tal o cual funcionario; aquí se establecen y definen y se adjetiva tanto la política nacional como la extranjera, y se opina sobre Europa y la política norteamericana, aunque tengan un retrazo informativo de varios meses; pero, sobre todo, lo importante, lo esencial y fundamental, el "en sí", el "por qué", y el "para qué" de estas reuniones consuetudinarias e infalibles a toda hora en el día —por que este parlamento sólo entre en cuarto intermedio en las horas de alimentación— constituye el comentario doméstico de las "novedades" nocturnas o las del día. Acá cada oído se informa polifacéticamente de toda actividad, del último paso dado, de la última palabra



emitida, del último juicio enunciado de todos y cada uno de los pobladores del villorio. No sólo es el informe escueto e imparcial de la acción de los hombres que se pone sobre el tapete a conocimiento de los parroquianos, sino que aquí se enjuaga, se condimenta con todas las especerías aprendidas en el curso de la vida; se valora, se tasa y se subasta todo secreto, aquí se fabrica la mala o buena fama de los hombres, acá nace el ácido que corroerá el honor y la dignidad de las mujeres, acá se sabe, detalladamente, quién se ha acostado con quien, la hora y las circunstancias —generalmente son los actores que en una autoconfesión psicoanalítica, informan— acá se descubren las adúlteras y los cornudos, los amantes fallidos y las mujeres burladas. Son en estas reuniones matinales o vespertinas donde se dan cuenta de torpes bromas, de groseras chanzas y de acciones y aventuras audaces lindantes en la estupidez y la locura...

Aquí se sacia esa curiosa sed —cultivada a través de los años de vida provinciana— de cada ser; uno tiene derecho a saber e incluso a exigir que se informe cuando se llega tardío al corro, no falta quién informe prolijamente, con la ganancia de su cosecha particular...

Este es el verdadero "informativo" provincial.

Satisfecha esta necesidad mestiza, propiamente "chola" del pueblo, los congresales se retiran a sus hogares para que entre sorbo y sorbo del almuerzo informen a sus impacientes consortes quienes escuchan sin perder palabra y de rato en rato intercalan noticias de su despensa...

Cuando el marido, el concubino o el amante flotante y transitorio endereza sus pasos hacia el patio de una chichera a "matar la tarde" entre partida de rayuela o "sapo", las amas de casa conjeturan con las sirvientas o las vecinas más próximas o las amigas predilectas...

¡Qué hermosa es la vida en provincias cuando no se sale a la calle! ¡Cómo halaga a los sentidos la belleza de los huertos, y cómo cura el alma la placidez de sus campos.

Permanecer echado de espaldas sobre el césped mientras se sigue con la vista el afán laborioso de las abejas, o el rutilante aleteo de los picaflores entre el néctar embriagador de los umbríos huertos. De sobre tarde, pasada la sencilla merienda campesina, mientras se fuma un cigarrillo, detrás de las volutas de humo contemplar la quietud en las ramas combadas de las bugambillas o simplemente, observar el sueño tranquilo del perro casero. Siempre hay algo que llame la atención a nuestra vista por mucho que no se tenga conciencia ni de lo que estamos observando; es una hermosa vacación para el cerebro y los labios.

Los mismos templos, a deshoras, cuando no está acometido por las multitudes hipócritas e ignaras, cuando no tiene el rebaño inconciente y tradicionalista los mismos templos son lugares hermosos para pasar [illegible]

¡Cuántas cosas bellas descubre el alma! Es más sobrecogedora e impresionante la solemne mudez de las naves; sólo el arte —decorados, tallados, repujados de plata y las bellas efigies— pueden más en un espíritu sensible, qqe el ritual fetichista de un fraile libertino que salmodia cosas incomprensibles...

La belleza y la miseria de los pueblos se constata desde el balcón de la torre de una iglesia. Panorama esparcido con su hechisante lejanía, amurallada por plúmbeas y violáceas cerranías, largos lechos de río de calcinadas arenas, verdes huertos emergiendo entre carcanas techumbres y patios y corrales terrosos donde alternan hombres y animales en una familiar camaradería...

¡Qué sencilla y elemental es la vida pueblerina!

• • •

El oficial de carabineros mira con iracundos ojos a su competidor, el tinterillo: ambos hacen justicia al hombre de pueblo.

El oficial teme abandonar su puesto teniendo dos hombres presos y con multa de cua[illegible] cada uno; teme que los libere el superior y con ello [illegible] ranza de sus ansiados billetes. El oficial se [illegible]

—Si los largan, estos indios no me pagan. [illegible] yo?— se lamenta el infortunado parásito del herario nacional, como si el sueldo a que su grado le da derecho fuera algo que le cae del cielo.

Entre tanto al tinterillo le persigue la buena racha. Un indígena timorato a acudido en demanda de amparo: tiene noticias y seguridad de que otro indígena, curandero o "jampiri" y brujo a amenazado con hechizarlo, con embrujarlo: lo han visto al jampiri buscando las prendas personales del indio denunciante; o lo que está más generalizado, alguien, del pueblo, ha denunciado los terrenos de un indio como tierras vacantes o indebidamente poseídas; en cualquier caso el indígena despavorido recurre al tinterillo para que interponga sus buenos escritos y alegatos. La ocasión no es de perder. El indio está realmente enfermo de susto y dispuesto a cualquier precio a fin de proteger su vida y su hacienda. El tinterillo, hombre ducho, sin escrúpulos, acepta la defensa previo convenio de la cuantía: cuatro mil pesos para deshacerse del hechicero y quince mil pesos para retirar la denuncia de bienes vacantes. Un buen tinterillo, si quiere serlo, tiene que ser más amigo de la policía que del juez, y todo tinterillo experienciado sabe de esto.

Un almuerzo de categoría al oficial de carabineros, capaz de impresionar y halagar la vanidad social del gendarme, entre [illegible] trago de refinado aguardiente, el tinterillo planteará su caso: prohibida la curandería clandestina antiguamente se quemaban a las brujas; o(tranzará) con el denunciante de terrenos indebidamente poseídos por la mitad del precio de los emolumentos recibidos...

Por su parte el oficial de carabineros, en un día domingo, día en el que la clase indígena ingurgita desmedidas y anormales cantidades de chicha de baja ralea y termina en pendencias y trifulcas sangrientas, se entera que su subalterno ha arrestado a los pendencieros, entre los que hay uno que en la mañana tuvo el buen tino —puro procedimiento— de llevarle dos cabritos de regalo; no fué difícil escribir esta orden: "Señor Oficial, ruégole libertarlo al indígena X. X.; se trata del que esta mañana nos trajo el regalo de los lechoncitos..."

¡Cómo el hombre modifica el paisaje!

• • •

La coreografía de las noches provincianas es sencilla y uniforme en todas. Una reja española en una ventana, una maceta con geranios o pelargonias de encendidas flores y la brisa que traslada su perfume por la calle.

Cigarrillos y el amante que puntea la guitarra; prima y tercera y bordón, segunda y cuarta. Probado el temple, los dedos recorren, pisan ágiles sobre los trastes y nace el huayño o el pasacalle, el kaluyo o la cueca, el yarabí el bailecito, cuando no un bolero o un corrido mejicano como esos charros de celuloide...

Entre susurros de voces entrecortadas, el amante o el enamorado con sus acompañantes, entonnan la canción de serenata junto a la ventana de la amada.

"Vida mía, por quererte
los jueces me andan buscando
—Palomita— por quererte".

Los compañeros cantan polifónicamente. La noche está serena, y sólo las ramas alargadas de los árboles que cuelgan detrás de los tapiales, atestiguan del fervor o las intenciones del trasnochante.

"Ya no noche está silencia.

El coro repite el estribillo.

Si me voy, me perdería.
—Palomita— por quererte.
Cantando me amaneciera.
Llorando me anocheciera.

Más cigarrillos mientras se repasa el repertorio de pasacalles tristones.

Cada acera, cada esquina tiene su dueño que es el pretendiente de la moza que en esta noche finge dormir, mientras su oído y su alma reconocen —como perrillo el silbido de su amo —la voz de su hombre que de día, en la acera, le obliga a bajar sus párpados, mientras sus mejillas se le encienden de rubor y su ánimo sorprendido le hacen apurar los pasos. Los progenitores duermen profundamente o por lo menos, aparentan una total indiferencia, cuando no, los corre torpemente a los tunantes y sermonean, con crudeza, a la tímida doncella, que duerme enfrente.

Entre tanto el aire de otras calles trae el rumor de otras canciones. Han doblado una esquina un grupo de adolescentes con otras coplas:

"Que lindo es andar de farra
y amanecerse chupando,
y recogerse a casita
cuando a misa está llamando".

Los grupos se reconocen y aunnando voces e instrumentos se funden en una canción común:

"Puñal de cachita blanca



—Palomitay—
Habías jurado matarme.
—Palomitay—
Sabiendo que soy tu dueño.
—Palomitay—
Habías jurado matarme
—Palomitay"—

El aire de otras cuadras se traga el resto de las coplas.

Copla y cigarrillo, noche y guitarra constituyen la unidad fundamental de las parrandas provincianas.

Los noctámbulos buscan guarida junto al cántaro de chicha y donde la mano helada, tenga la recompensa, de rozar y acariciar algún seno tibio de mujer. Allí liban hasta que los gallos, los grillos y las ranas uniformen sus cantares; quizá queden con el cerebro embotado, o aflore el llanto, o la cólera intempestiva, pero en todos, siempre despertará el Demonio —en forma de chivo— y se le dará por hacer sus arabescas locuras..., entonces, se deja que algún cigarrillo olvidado, siga humeando hasa quemar el velador...

Vila Vila, Verano de 1952.

Dimensión de vida y paz en Pablo Neruda

I

PARA escribir tu nombre
en los aires azules de América, he nutrido
mi verso con la savia más verde de mis valles,
con la sangre más ígnea de las selvas intérminas
y la plata más blanca de las testas andinas.

Lleno de la alegría del estaño que emerge
de la raíz de luto de María Barzola,
y del despertar bronco de los pututos, quiero
exaltar la secreta sustancia de tu nombre.

Y mi verso reedita la voz de Tiawanaku,
bajo la advocación del Inti de Atahuallpa,
para leer tu nombre
en el vuelo del cóndor y en el de la paloma.

II

La tristeza que llena de sal el aire, el agua,
el corazón de Chile y el corazón de América,
encontraron en tí como el río en el mar,
su horizonte y su voz.

Y el ansia resumida en brújula de luz,
al orientar tus pasos, multiplicó tu numen
y dilató tu nombre
hasta habitarlo sobre el mástil de los tiempos.

Esa brújula histórica, por noble y proletaria,
te brindó una cantera para tu inspiración,
y por norte una estrella.

Te debes a tu brújula como el verso a tu alma,
como el fruto a su árbol y lo rojo a su sangre.

Consciente de la hora para el arte y el hombre,
dejaste el plañidero oficio de cantar
el sollozo romántico, y te ubicaste adentro
y libre en el latido del Dios que sufre: el Hombre.

Sobre células vivas de lo azul del pasado,
lo presente es materia móvil de tu poesía
para ser la ventana de flor hacia el futuro.

Esto es lo que te ha hecho humanamente humano.

Tú penetraste
en la ahogada alegría india de las Américas,
pero en cada resaca de una lágrima, hallaste
al ser que vive ricas potencias para el alba.

Tu nombre
es dehiscencia de pétalos en la orilla del niño;
los jóvenes se embeben en tu océano lírico;
y el enemigo aunque humedece su hocico
al sentir la presencia de tu sangre, te admira;
y el hombre de la calle te conoce de hermano;
y el que mueve la fábrica, y el que horada la roca,
y el que siembra en el surco, te llaman Camarada.

He andado como Whitman
palpando cada fibra del vegetal silencioso
y he sabido que en cada hoja de toda planta,
tu alma se ramifica en venazón de sílabas.

He andado como Whitman
aguzando mi oído en cada arista humana,
y he sabido que en cada mirada de los parias,
tu nombre es ruta y norte.

III

La luz de la materia
adelgazó
el alma de tus versos. Mineral
depurado tu estilo; flor de harina
tu lenguaje; cristal de geometrías
tu idioma; arquitectura de latidos
la andina catedral de tus metáforas;
fertilidad del pan en ecuación
de nueva síntesis,
tu estética;
e interjección de alba, tu mensaje.

Es corola metálica de inédita armonía
el continente
de tu decir sencillo,
y es raíz de arteriales existencias,
el contenido
de tu decir profundo.

Y tu poética
surge como un ombú
de Abajo, desde donde
la Vida
crece y florece.

Sin la sal de la tierra tus poemas no habrían
sido el espejo para que se miren los pueblos.

IV

Del Macchu Picchu el grito de granítica altura,
se afila en tu garganta.

Y tu voz tiene el eco de los líquidos montes
que abren su galope de cristal en el Trópico.

Y tu voz se adelgaza como hilo de crepúsculo
en el oído del viento,
o se ensancha en fragor de concentrado odio,
para tornar en cifra de ceniza al Tirano
y en cifra de ignominia la frente del Traidor.

Tu verso huele a ceniza roja y santa y heroica
del coreano hermano;
tu verso huele a la tierra húmeda de la España
erecta y combatiente;
y tu verso huele a pólvora de Stalingrado Heroico.
La bondad del arroz de los surcos de China
expresa la alegría agraria del laurel
del gran Mao-Tsé-Tung, y en tus versos resuena
el Alma China como una canción de Paz.

El amor de la Unión Soviética que vibra
de amor de primavera, es amor a la Paz
para todos los hombres.

¡Ni una gota de sangre contra la Madre santa!
Es la voz que se oye de los pueblos del mundo,
por boca de tus versos.

Stalin, Capitán de los seres que viven
la sangre de la Paz en su ansia de alborada,
imprimió en tu poesía el ala de paloma.

Y fué Stalin el Lenin del pan para la Paz,
y fué Stalin el Lenin del pan para la Vida,
que ciñó con laurel floreciente de Paz,
tu ecuménica frente.

V

Un día,
fugitivo anduviste de secreto en secreto,
de señal en señal, de mirada en mirada.

Las cosas y las almas tuvieron un lenguaje
sin palabras, sin ruidos, sin ecos, para tí.

Ese lenguaje, lleno del corazón de Chile,
era el silencio: voz a gritos de las noches
de los humildes, para que te abran su conciencia
y darte intimidad.

Ojos y rostros, manos y puertas, hasta entonces
desconocidos para tí, te dieron su lecho;
y te brindaron como a un viejo amigo, como
a un niño perseguido, su alero de bondades.



Es que sin comprenderlo, te presentían suyo;
te sabían que eras de ellos y para ellos;
y te sabían suyo: íntimamente suyo;
por eso te cuidaron;
y por eso te amaron en tu soledad íntima.

Y por eso te dieron
vino para tu sed y pan para tu hambre
y también almohada para cicatrizar
tus penas y fatigas.

Las noches ocultaron
su cintura de lunas a tus ojos; crecieron
las espinas y zarzas para morder tus plantas.

Y con su población de sombras los caminos,
los montes y ciudades, las islas y los mares,
te sirvieron de puente para salvar tu vida.

Y un día cuando hablaste desde la Antena Humana
de la libertad, desde el corazón del mundo,
desde la Unión Soviética, la onda de alegría
se humedeció de dicha
en nuestros ojos.
¡Neruda libre y salvo!
Fué el grito en la garganta
de nuestra autoctonía múltiple y universal.

Hoy retornó la luz a tu patria marina,
¿hasta cuándo será?

VI

Tu presencia es desvelo que vela en tu ribera,
a la flor de paloma sobre la arboladura
de cada autoctonía,
contra los que se nutren del sudor de la Sangre,
contra los que maduran al niño para el Luto,
contra los que maduran al joven para el Crimen,
contra los que distienden el cementerio al mundo.



¡Sí!, despertemos todos como ante el sol el día;
que despierte la piedra y se vuelva sensible
al clamor de la lucha por el trigo maduro;
y que despierte el agua de remotos veneros
entonando en sus trinos el arrullo de Paz;
y que despierte el grito en los ríos y mares;
y que despierte el grito en los valles y montes,
en racimos que enciendan a la Vida y la Paz;
que despierte la Ira en pechos proletarios;
que despierte la Ira en pechos campesinos,
en defensa del vuelo de Paloma en el mundo.

Y para oir la canción de la Paz en el mundo,
dar el azúcar para la flor de la sonrisa;
dar el petróleo para las lámparas del día;
dar el salitre y cobre para el canto del vino;
dar el estaño y caucho para el canto del trigo;
dar la sal de la tierra para el canto del pan;
dar el café y el riel, y los mares y el aire,
para dar a los hombres su infinitud de Paz.

Y si es una, la sangre que nos une en el pecho;
pues sintamos la unión entre nuestro latido
y los nuevos que surgen en Asia y en Europa.

Y si es una, la sangre que nos une en el pecho;
pues sintamos la unión entre nuestro latido
y el corazón soviético que late por la Paz.

VII

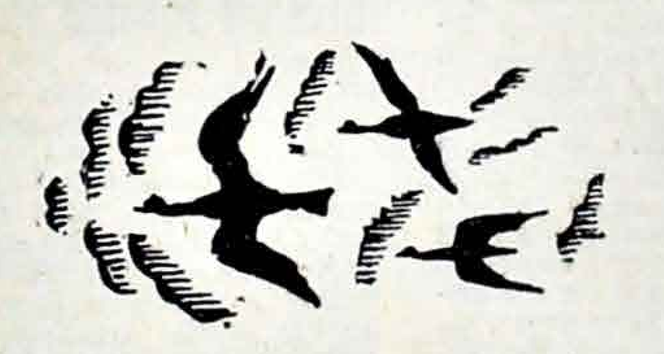
Esto es el alfabeto de humanidad que leo
al escribir tu nombre en mi viaje de elogio.

Poeta Camarada, eres inmortal porque
tu sangre hecha verso,
es la vida de nuestras venas territoriales.

Y el gajo de tu gloria,
es la Espiga más roja y perenne del Pueblo.

JORGE CLAROS LAFUENTE.

Cochabamba, (BOLIVIA), 1953.



La Muerte es Buena Amiga

EN las noches tranquilas y sombrías
visito los viejos cementerios;
que me evocan los pasados días
en que mi vida era tan sólo, misterio.

Y aprisiono a mi pecho, losas frías
cual entregado de lleno con la muerte
para rogarle que sea mi signo y guía,
en esta vida mía, de tan mala suerte.

Y cual comprensible en mis deseos
se levanta altanera ante mis ojos
y la tétrica y macabra figura de la muerte
que me invita a lo inerte... calmando mis enojos,

Y veo, arrodillado ante su manto,
pero no ¡la muerte es buena amiga!
que por un momento siento temor y espanto
arropado... acariciado por sus descarnados dedos

Recife, Brasil 1950.

RUBEN RUIZ CAMACHO.

YANAKUNA, de Jesús Lara

(Traducido especialmente del portugués para EL DIARIO).

I

Que se guarde ese nombre. Es el nombre de un gran libro escrito por un gran escritor boliviano.

El libro llegó a mis manos con dedicatoria y Silvia Chalreo me pidió que dijese algo respecto de él. Vi una portada en que dos ásperas figuras de indio componen el primer plano, el cual se proyecta en perspectiva sobre la cordillera del fondo. Leí en la contraportada el nombre de la "Editorial Los Amigos del Libro", Cochabamba, Bolivia y las opiniones sobre Surumi, traducida y editada por la Empresa Gazeta de Limeira Editora, y me quedé recordando las discusiones del Segundo Congreso de Escritores y la simpática figura de Ferraz, ese paulista pertinaz que en el interior de Sao Paulo va sembrando cultura y confraternidad con su diario y con su editorial.

El libro fué pasando de una mano a la otra en esa actitud vacilante de quien tiene un mundo de cosas que hacer, leer y escribir. Y finalmente comencé. Y lo leí hasta concluir, a pesar de sus 460 apretadas páginas.

Es la historia de Wayra, la indiecita pastora, cuya peregrinación por el mundo la lleva hasta la pena de muerte. Pero Wayra es apenas un símbolo. Wayra es el pueblo indio, es la masa oprimida y explotada de los siervos campesinos de Bolivia. Es propiamente un gigantesco mural de la vida boliviana, pues se sumerge en las minas, recorre los caminos del valle y de la montaña, entra en la ciudad y retorna a la cordillera, donde se desenvuelve la última parte del drama, cuyos protagonistas son castigados por la ciudad.

¡Ah, esos indios que nunca tienen razón! ¡Esas niños indias de 11 a 12 años, violadas en el campo por el bestial hacendado! ¡Esas indias silenciosas y agobiadas que venden las hijas como esclavas, "con papel y todo", a los corregidores, a los curas, a los negociantes, pues la miseria superó a la propia capacidad de subsistir en familia!

¡Ah, esos abogados que responden a Wayra que no aceptan patrocinar causas de indios! ¡Y el que lo acepta es deportado como comunista!

¡Y esas tierras y esas ovejas y vacas robadas por el hacendado al indio! ¡Y los asesinatos que se cometen cuando algún indio piensa que puede explicar sus razones! ¡Y la flagelación, la tortura, el sádico pisoteo de los niños, de las mujeres, de los hombres y de los viejos! ¡El cepo, el "tronco", nuestros conocidos del interior...!

Ah, nuestros hermanos bolivianos! ¡Cómo nos parecemos todos nosotros, pueblos de Latinoamérica! Los mismos problemas básicos y las mismas consecuencias trágicas para el pueblo trabajador.

Qué poderoso libro éste, que nos arranca de los problemas menudos hacia el gran problema común de millones y millones de seres en estas nuestras nacionalidades latinoamericanas.

II

No se puede juzgar que Yanakuna sea un panfleto político. Nada más lejos de eso. Es lo que la portada anuncia, una novela quechua. Trae, por tanto, un poderoso mensaje fraterno y un coraje insobornable ante la verdad. El escritor no anduvo cuidándose de los lugares que hay que evitar a fin de no granjearse enemistades.

Conoce profundamente la vida de su patria, y no en teoría ni por intermedio de terceros. El interior de una casa india, lo que ahí se come como se duerme, lo que se hace; las relaciones que hay entre los miembros de la familia, dónde trabaja su jefe y en qué condiciones, cuáles son los instrumentos que utiliza, todo aquello que forma el andamiaje material de la vida campesina, que es la vida del indio; todo eso le es familiar al escritor. Y él conoce algo más que ese andamiaje; conoce al indio por dentro, porque lo ama. Presenta sus reacciones, sabe lo que ha de hacer y recuerda lo que hizo. Lanchi, el padre de Wayra, no es solamente un bello ejemplar físico de trabajador excepcional, es un hombre con toda la rica complejidad de un ser completo. Y Wayra en los cerros, pegada a las ovejas, brincando y luchando con los otros pastores, no es un cromo, es una niña, viva y sensible y poderosamente dotada. Mama Sabasta es la india que naufraga después de la muerte del marido, y naufraga porque sobre ella se cierne la codicia sórdida del corregidor, del juez y del clérigo — autoridades de la aldea. Ella no vende a Wayra como si vendiese una res, la vende para que no perezca de hambre y para que no suceda lo mismo con sus otros dos hijos.

El cura, con los planes minuciosos que elabora para satisfacer su concupiscencia, el sesgo político que dá a sus desmanes organizando cuadrillas fascistas a fin de amedrentar a los pobres, a cuyas hijas y mujeres seduce, es una figura por nosotros también conocida. Aun por nuestra tradición portuguesa —a través del tiempo— volvemos a encontrar a algunos sacerdotes de Eca de Queirós en la violenta figura del "tata cura".

Y los manejos sombríos y sórdidos con que el Botado se convierte, en tres generaciones, de niño expósito en ministro de estado, son casos que pueden ser señalados con l dedo en nuestra tierra.

Jesús Lara conoce las minas y la ruda decisión de sus trabajadores, que ahora mismo están jugando un papel histórico contra los Patiño, los Botados, los tata curas, los corregidores y los mercenarios asesinos de los indios, Mas, eso pasa sigilosamente por las galerías, pues su historia es campesina, por más que conoce íntimamente la ciudad, a donde van a dar los indios, como criados mozos de cuerda obreros o mendigos.

Sabe del decamimiento físico a que la miseria conduce al indio, y no lo acepta. Todo lo pinta Jesús Lara con un marcado color de realidad.

III

Por traer la verdad viva Jesús Lara presenta la resignación india al desnudo. Al través del libro se sufre con las innumerables flagelaciones, golpes y torturas que los indios soportan en silencio y sin asomo de rebeldía. En esto, en la forma de brutalidad física con que se trata al indio, creo que este libro no encuentra paralelo alguno.

Insensiblemente deseamos un acto brutal de venganza. Wayra es castigada a puñadas, a puntapiés, a látigo, bebe orines podridos y la patrona le quema los pies en una hoguera. Esos castigos físicos increíbles caen sobre una niña de doce años y se prolongan por mucho tiempo.

A Wayra no se le ocurrió jamás partirle la cabeza al ama, de un hachazo.

El libro muestra cómo se infunde esa resignación a través de la creencia de que el indio fué hecho para servir al blanco y que tendrá recompensa en el cielo. Pizarro y la Inquisición viven todavía en Bolivia; mas conducen a consecuencias espantosas.

El pequeño robo de la tienda, la explotación en la hacienda, la subyugación social, todo coloca al indio en el plano inferior del paria, y paria que ama, sufre y espera, pero que alguna vez se yergue contra los señores responsables de su inenarrable destino.

Pero suelen refunfuñar las ovejas y saben reaccionar los hombres.

Y cuando reaccionan...

Jesús Lara provoca calofríos en el espinazo al describir ese alzamiento indio, esos centenares de seres silenciosos que se van amontonando por la noche al rededor de la casa de hacienda, de donde arrancan al joven patrón verdugo para quemarlo vivo y sin palabras en la inmensa hoguera preparada para ese objeto.

Después... es la acería de los rebeldes, la prisión y todas las infamias de las prisiones como las nuestras, y la pena de muerte para los rebeldes.

Hasta en esa tragedia final, hasta en ese aparente muro cerrado, en ese vacío de esperanza, se siente el severo valor literario de Jesús Lara. El sabe que los indios no se libertarán solos, pues ahí está la historia de la humanidad para atestiguarlo.

El campesino jamás hizo una revolución victoriosa. Al luchar solo siempre fué aplastado. Su libertad vendrá de las minas, de las fábricas, de las ciudades, de esas ciudades que hoy oprimen y de cuyo seno vendrá la aurora, la liberación y la esperanza.

El poder trágico de Yanakuna es algo que se logra rara vez en la literatura latinoamericana y no creo que sea comparable, sino que es superior al libro de Ciro Alegría.

La vida dolorosa y expectante de la indiada boliviana es hoy común a América y al mundo entero. Son nuestros hermanos y los sentimos tales por el vigor generoso de un escritor verdaderamente grande.

Salve, Bolivia. Nuestro afecto y nuestra admiración por todo lo que ofrecéis a los hermanos de todo el mundo.

IVAN PEDRO DE MARTINS — (Del Suplemento Literario de "Diario de Noticias", — 8 de marzo de 1953. — Río de Janeiro, Brasil).



La Personalidad del Escritor . . .

(Viene de la pág. 1ª.)

cuanto a gobierno y administración judicia y eclesiástica por más de dos s. y que, hasta el momento mismo de la independencia envió a su juventud más distinguida a formarse intelectualmente en la Universidad Real y Pontificia de San Francisco Xavier de Chuquisaca, de cuyas aulas salieron, a principios del s. XIX los principales directores de la revolución de la independencia argentina, como se verá más adelante".— Sigue a este aparte, otro comentario que Finot lo destaca con cierto pesar y dice: "Con antecedentes de tanta autoridad como el establecido por Menéndez y Pelayo no debe extrañar que The Literary History of Spanish America, escrita en 1916 por el Profesor Alfred Coester, de la Universidad Norteamericana de Stanford, no se hubiera dignado dedicar capítulo aparte a la literatura boliviana y la hubiera incluído en el destinado al Perú, quizá porque en el período colonial, como dice el autor, "la región montañosa situada más allá del Lago Titicaca, se conocía con el nombre de Alto Perú". Zorrilla de San Martín, igualmente en su compendio de "Historia de la Literatura Universal" consigna estos conceptos sobre Bolivia que parecen calcados en Menéndez y Pelayo: "El relativo aislamiento en que su posición geográfica coloca al Alto Perú fué un obstáculo para el desarrollo de las bellas letras, que durante la época colonial no produjeron ningún autor digno de nota". Y Finot continúa: "Pero más benigno o más conocedor del asunto, Zorrilla se digna agregar estas palabras consoladoras: "En la época independeinte, a pesar de subsistir las mismas causas y de añadirse a éllas el grave inconveniente de las luchas civiles, no han faltado algunos escritores de relevantes cualidades".

"Nadie pretenderá negar —prosigue Finot— que de esta manera de pensar son culpables en parte, los hombres de letras bolivianos que, con muy contadas excepciones, nunca se preocuparon de dar a conocer más allá de las fronteras los frutos del pensamiento nacional; así como también los gobiernos que creyeron que la propaganda del país sólo debe comprender —y aún así, dentro de estrechas limitaciones— las posibilidades económicas, los recursos naturales y la producción de las minas, "para atraer capitales" e impulsar al desarrollo de la Nación".

"No se nos oculta —prosigue Finot— que la Literatura indiana en lenguas americanas, anterior o posterior a la conquista ha sido menospreciada por críticos e historiadores del siglo pasado, como Menéndez y Pelayo, que no ha vacilado en declarar que, por ser extraño al conocimiento de las lenguas de origen americano para él "incógnitas y revesadas", prefiere pasar por alto esa materia al ocuparse nada menos que de la poesía hispanoamericana, en la Antología preparada por encargo de la Real Academia de la Lengua con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América". Finot, responde a Pelayo en esta forma vertical: "Error fundamental, a nuestro juicio, el del gran historiador y crítico español, que consiste en afirmar la ninguna relación entre el arte indio y la literatura hispanoamericana, porque si bien se ha convenido en que la mayoría de los escritores del Nuevo Mundo han sido meros imitadores de Europa durante cierto tiempo, no es posible desconocer la influencia vernácula en todas las manifestaciones de la vida americana y menos en las de orden artístico, bajo pena de no acertar a explicarse satisfactoriamente una serie de modalidades típicas y de fenómenos que desconcertarían a quien no intentara profundizar en los orígenes de nuestra cultura".

Por lo visto, el texto citado y que pertenece a Finot, no deja dudas de la forma clara y concluyente con que nuestro exquisito escritor ha puesto los puntos sobre las íes.

El voluntarioso juicio de Pelayo, ha quedado defintivamente disipado del concepto general que en punto a letras andaba en error en nuestra América.

Fué esta actitud radical y de alta honestidad de Finot que dió a su libro "Historia de la Literatura Boliviana" un predicamento inusitado en nuestro Continente y más allá del mar. En el país había sacudido el ambiente intelectual. Varios comentarios en América y algunos en el viejo mundo se escribieron en torno a la obra de Finot.

De entre los varios juicios críticos que conocemos acerca del libro de Finot, citaremos algunos, y entre ellos el del crítico español Pedro Gonzales Blanco que en su extenso comentario titulado: "En torno a la Historia de la Literatura Boliviana de Enrique Finot", publicado en "La Razón" de La Paz en septiembre de 1943, se detuvo con ansiado interés a glosar la obra. Me parece conveniente tomar de aquella opinión, algunos de sus puntos de vista que en parte son de carácter sociológico ya que Gonzáles da a su juicio un tratamiento que Taine destinaba al estudio del proceso de las literaturas. Desde luego, Gonzáles Blanco, no coincide con Finot en cuanto a algunos puntos de la rectificación a Pelayo, y dice lo siguiente: "Finot, por el contrario, supone "que existen interesantes vestigios de una literatura boliviana precolombiana, anterior al período colonial". Es posible que así sea y él procura demostrarlo con sutileza y amenidad, pero a nosotros nunca nos han convencido los restauradores del pasado preincaico e incaico. Que existe como cree Finot, objetando a Menéndez y Pelayo que en estos menesteres de literatura hispanoamericana andaba un poco vacilante, una relación entre al arte indio" y las manifestaciones literarias de los países del nuevo mundo, no cabe ningún género de duda. Mas no en todas las literaturas de Hispanoamérica, difícil sería encont... la uruguaya, en la cubana y dominicana, en la colombiana, en la venezolana etc."... Nosotros a su vez objetaríamos a Gonzáles Blanco que sin embargo no es tan caro al investigador encontrar ... el arte primitivo con las manifestaciones literarias de los países hispanoamericanos. Precisamente, tocando este tema de la Literatura venezolana, en cuanto a sus orígenes el eminente crítico boliviano Carlos Medinacelli al glosar sumariamente la personalidad de los ilustres venezolanos Andrés Bello Cecilio Acosta y Juan Vicente Gonzáles, decía entre otras cosas lo siguiente: "Esta prolongación americana del clasismo español constituye en Venezuela una tradición nobiliaria. La tradición de don Andrés Bello se piensa. El asunto viene, como el origen de los grandes ríos, de lueñes y acaso humildes manantiales, desde los primeros días coloniales". Nos parece que esta cita ha venido muy a mano, en punto a justificaciones.

De manera que no es un acierto el juicio de Gonzáles Blanco ya que tiene que existir históricamente una estrecha relación entre los orígenes precoloniales y coloniales de una incipiente manifestación estética con las expresiones ya configuradas de una literatura que se está haciendo o que está en plena formación. Yo no sé por qué Gonzáles Blanco pretende hacer una excepción con la nuestra, negando ese mismo fenómeno histórico a los demás países hispanoamericanos que él cita. Pero, si de acuerdo al más moderno concepto del modo de concebir la Historia, admitimos con Toynbee que la unidad histórica es la civilización, no podemos aceptar el juicio de Blanco que trata de desligar las causas genéticas y sociales de los pueblos en el campo de la formación literaria. Por eso el mismo Toynbee dice: "No es acaso la historia misma en último análisis una visión del universo entero en marcha en el marco cuatridimensional del espacio-tiempo?".

Acaso la historia del arte contemporáneo no tiene su vertebración a través de los caracteres prehistóricos que constituyen el nexo fundamental de sus valores presentes cualquiera que sea la escuela o tendencia dominante? Ya alguna vez desde estos mismos micrófonos dije por ejemplo, que la cultura musical de los países hispanoamericanos provenía de sus más lejanas expresiones amorfas para darse luego en el proceso de su madurez una personalidad definida y típicamente regional, si convenios en que esto también debe territorializarse contrariamente a toda noción que sobre artes ya hemos aprendido a tener.

Finalmente, Gonzáles Blanco, esclibe un último aparte en su extenso comentario, y dice: "Bolivia agradecerá a Finot haber desterrado para siempre la necia pretención en que hasta ahora habían incurrido críticos muy ponderados. Más lo singular del caso, es que Finot, nos ha hecho estimar la literatura boliviana sin acudir a la hipérbole, llamando a las cosas por su nombre, y poniendo los puntos sobre las íes". "Este último libro —Historia de la Literatura Boliviana — prosigue Blanco— consagra defintivamente a Finot como escritor de gran pericia, equilibrio en las proposiciones temáticas, certero juicio y estilo claro y robusto, cualidades que no andan tan abundantes como para no hacerlas resaltantes allí donde se encuentren". Madrid 1943).

El malogrado escritor y poeta don Juan Francisco Bedregal, anotando sus valiosos juicios sobre la obra de Finot decía: "Es el primero que yo sepa el que pone reparos al insigne don Marcelino Menéndez y Pelayo que pontificó sabiamente por muchos lustros sobre letras americanas. Sería injusticia negar cuán fecunda fué la obra de Menéndez y Pelayo pero estaba lejos de ser infalible; además sus fuentes de información en lo referente a América sobre todo a Bolivia, no pudieron ser menos escasas que las que sirvieron a los críticos o investigadores americanos". Y concluye Bedregal de este modo: "En suma la obra que comento y que seguramente será objeto en Bolivia de prolijos estudios, es, lo repito lo más completo que se ha hecho hasta ahora y será la piedra angular en que repose nuestra historia literaria".

El pansamiento del autor de "La Máscara de Estuco" que acabo de citar corresponde a 1943. Pues, hace poco que el brillante escritor paceño don Fernando Diez de Medina, una de las mentalidades robustas y definidas, anunció la publicación do un nuevo libro con el título de "Historia de la Literatura Boliviana, obra que a juicio mío será indudablemente un superado estudio de las letras nacionales, enjuiciadas desde un ángulo acaso revolucionariamente nuevo y técnicamente moderno. La aparición del libro de Diez de Medina, seguramente ha de constituir una celebración de ambiente y de cultura en el país y en la América.

El cáustico e inexorable escritor decir por ello no menos elegante en Alcides Arguedas, tan erguido en su su oficio de historiador, de parteador de nuestro acontecer nacional, al comentar la obra de Finot con cierta mesura y adjetivando su casi aritmética opinión decía lo siguiente: "Ha hecho bien Finot en abstenerse de dar a sus juicios carácter definitivo sobre los autores vivos, en una obra que por su indole, su importancia y sus tendencias, entra a formar parte del patrimonio espiritual de todo un continente y está destinada a ser libro de consulta para quienes están poseídos del noble afán de enterarse mejor y saber más para dar juicio que pretenda ser definitivo, es acaso imprescindible que, entre el autor y el crítico, medie la distancia del tiempo, supremo calificador de las obras intelectuales, a menos que el libro tenga carácter polémico lo que no pasa con este, y es uno de sus méritos". Arguedas, finalmente añade esto: "Inútil me parece agregar que con su Historia —monumental en su género— Finot se coloca en Bolivia al lado de los pocos autores que, pese a quien pese, han de consultar siempre con provecho todos los que por curiosidad de oficio o interés necesitan saber algo de nuestro país".

"El Tiempo" de Bogotá, por su parte, hizo un destacado comentario en torno a la obra de Finot, y el periodista Angel Flores, en las columnas de un diario colombiano, entre otras cosas decía: "Es por consiguiente una fortuna para los lectores y estudiosos, ávidos de recoger la herencia cultural de América, la contribución de Enrique Finot que acaba de dar a luz en 500 páginas una notable "Historia de la Literatura Boliviana", desde sus orígenes hasta la época presente".

Hasta aquí he traído algunas opiniones de escritores y perodistas que se ocuparon de juzgar el libro de Finot. En verdad que el oficio del crítico es de suyo delicado y riesgoso, tanto más cuando hay que situarse en el exacto término que media entre el autor y el crítico, para extraer del contenido de los valores de la obra, la sustancia que la informa y el destino y utilidad que sirven de causa para su existencia.

Es verdad que Finot ha muerto en el otro frente. Y si porque actuó entregado al señoría de su obra en campo diferente, escudado en su pluma y su inteligencia, bien vale la pena de decir en voz alta que Enrique Finot, fué la figura prócer de las letras americanas que conjugó en todos los tiempos el verbo de su amor a la Patria, como sólo suelen hacerlo los beneméritos del pensamiento.

En esta semblanza que puede llamarse también un apunte de perfil del brillante escritor, he dicho algunas cosas que posiblemente no articulan con el valor mismo del autor y su obra; pero, a lo que no renuncio es a que todo lo dicho sea algo así como una floración íntima de mis mejores sentimientos dedicados al escritor desde ya largos años, aun cuando no hubiese tenido la suerte de conocerlo personalmente, sino a través de su espíritu vigorosamente tallado en su vasta obra intelectual.

De ahí que esta sencilla evocación que parte de un hombre libre, en oportunidad de recordar a un escritor de nítidos valores con que Finot acaudaló su vida intelectual, no tenga sino el propósito elocuente de ver en el autor de la "HISTORIA DE LA LITERATURA BOLIVIANA", un permanente renacimiento, porque su obra a mi entender tiene el sentido de la perennidad, el sentido helénico de la profundidad y de la lejanía. Ya lo dijo Toynbee: "Las obras de los artistas y de los hombres de letras sobreviven a las acciones de los comerciantes, soldados y estadistas".

En el punto final de esta semblanza, anhelo devotamente que Enrique Finot, viva su nuevo destino de Hombre, de Artista y de Escritor de América.

VILLAESPESA,

EL POETA DE LAS FANTASIAS DE LA SELVA VENEZOLANA

Por Antonio Reyes

Razón, quizá, tuvo el poeta Harts Crane al anhelar un sepulcro en el océano, y justificar su derrotismo lírico en aquella doliente frase: "En el mundo ya no queda un rincón para la poesía. La poesía es sólo el epitafio de una civilización que se fué porque en esta civilización del presente los hombres que en nuestro ser levamos el fardo de la espiritualidad, somos hombres al agua". Tal afirmación del poeta tiene saturación de honda realidad. Muchos ejemplos encajarían a maravilla para la rectificación del aserto. Mas, por la relación que circunstancialmente tuvo con nosotros, el caso concreto de Francisco Villaespesa, puede tomarse como tema gráfico para el desarrollo de los presentes comentarios inspirados en la citada sentencia del poeta nórdico.

Villaespesa, el último trovador español sufrió toda la dureza positiva del siglo en que viviera. Durante más de veinticinco años, España y la América de habla española, conocieron la fuerza emotiva de ese galeón de la lírica granadina, cargada de ensueño y fantasía, que navegaba por los mares emocionales de todas las aventuras. Villaespesa fué un galeón sentimental y travieso, poblado por el alucinante recuerdo de los gnomos que vislumbrara allá en el Alcázar de las Perlas, en convivencia con las sirenas de los surtidores de la Alhambra, y en complicidad con todas las alondras del Generalife.

Curioso país de abanico y hechizo, transcrito en el acento zorrillesco —árabe español— de los versos nacidos en el fondo de una conciencia totalitaria de artista. Y por ello Villaespesa prodigó siempre el oro de la escarcela y el oro del ensueño. Como un perseguido el moruno poeta huyó siempre de la realidad. Porque la realidad para él era una cárcel y la sensibilidad del hombre repudiaba instintivamente todo aquello que pudiera embargar sus sentimientos.

Por ello resulta concebible el tremendo dolor de Villaespesa al verse paralítico. El destino le aprisionaba ahora el raudo vuelo de sus alas. Y aquellas alas que tanto conocieron las alturas, que tanto supieron de las raudas luces de los horizontes impenetrables, se abrieron para siempre en un espasmo de negación lírica. Antítesis curiosa del "Albedrío sentimental" con las normas que le impusiera la dureza inflexible de la vida. Villaespesa, no quiso vivir en el siglo que vivió. Aspiró a darle la espalda como algo que no tuviera sentido preciso para él. De allí su constante imprevisión, y de allí gradualmente el que anhelara el crearse un mundo "interior" y personal. No quiso tener nunca contacto con lo práctico. Pero la realidad se impuso al fin, y esta tremenda realidad del siglo mismo, vengó, en un solo instante, todos los desdenes que aquella sufriera de la sensibilidad libérrima del trovador...! Ya cigarra se hartó de cantar "cosas" hermosas y víctima de su propio encanto terminó por sucumbir el sentimental encantador...!

Villaespesa buscó afanosamente la realidad en lo ficticio y no supo o no quiso detenerse ante las leyes de una época social en que lo físico tenía prerrogativas y rango invulnerables. Y ante ese sólido baluarte se amellaron las armas líricas del mago que tallara piedras preciosas en vocablos. Mas, alguna vez, cambió el poeta facetas de gemas por legítimo y acuñado oro. El oro puro de su poesía se trasmutó en utilitario oro de cambio. El contraste de dichos áureos metales pareció entonces convivir holgadamente en una dualidad convencional de artista traficante. Pero el mundo de la fantasía se imponía sonriente ante las prodigalidades del poeta: Villaespesa llevaba la generosidad de su sangre como estirpe. Y el oro "físico" no se detenía en sus manos sino que buscaba el opaco camino de los hombres de negocios. Y esos "hombres de negocios" que simbólicamente transcriben los mejores empeños del siglo XX —garra, pico, letra de cambio y pagarés— terminaron por estrangular su vida misma.

Ya el poeta, en sus postrimerías, no pudía "sentir" ni fantasaer. Su alma, fragante en poesía, quedaba hecha girones como lo estaba su cuerpo de paralítico.

Pero todavía el fariseísmo tocó a sus puertas. Para entonces el que esto escribe se encontraba en Madrid. Alguien entonces acibaró la miseria torturadora de su silla de lisiado con un tendencioso recuerdo.

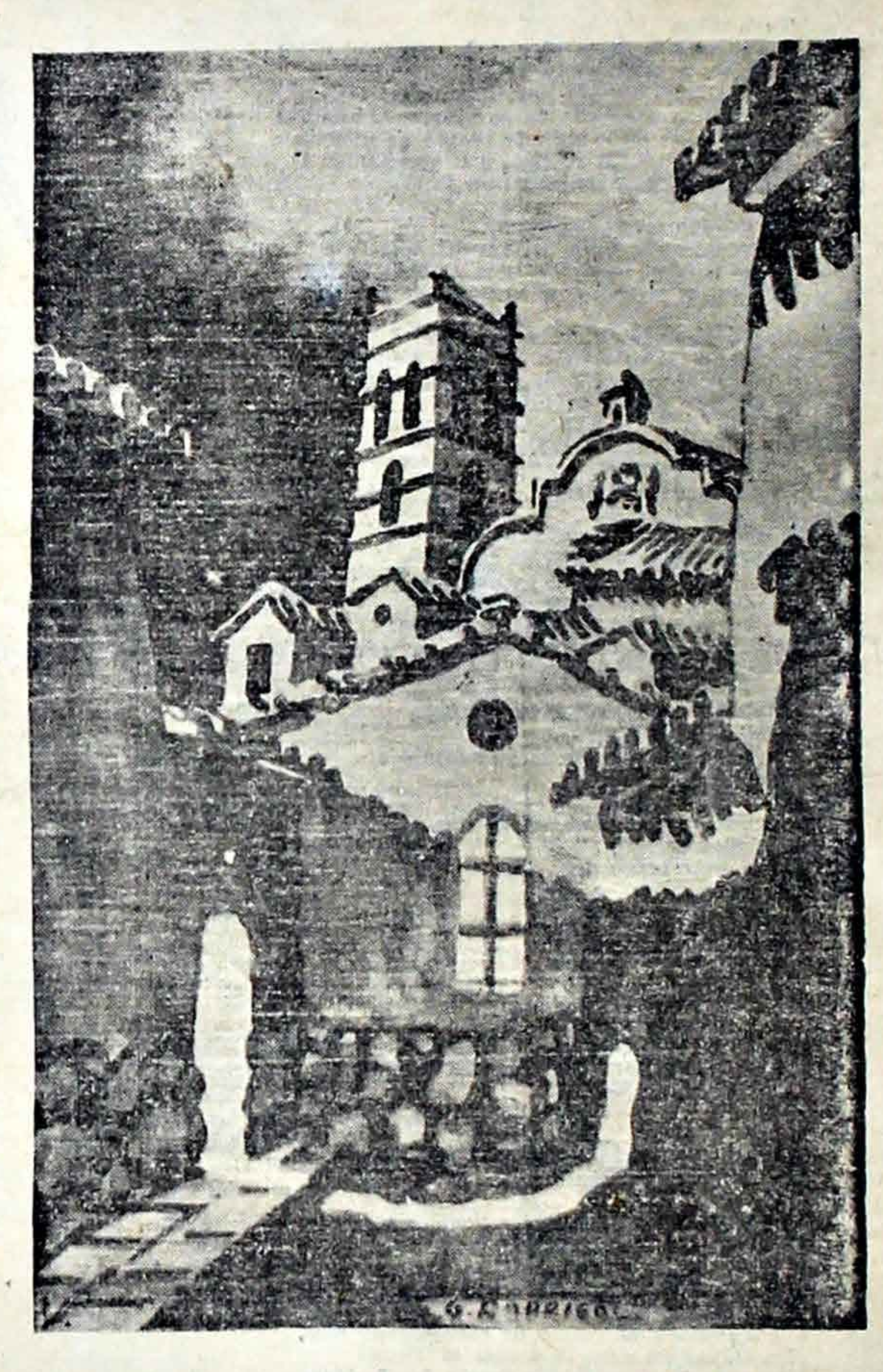
Oficiosamente surgió un espontáneo acusador, sin detenerse, quien tal procedimiento empleara, en analizar la especialísima psicología del doliente trovador. Y en esa acusación salió a relucir el medio millón de bolívares que Villaespesa recibiera para componer su drama "Bolívar". La acusación era asaz grave; hasta se calificaba al poeta de desfalcador. Algunos se hicieron eco de la calumniosa especie. Pero en aquel caos de confusión —para ventura del moruno cantor— la voz de Emilio Carrere —comprensiva, humana, desinteresada— logró en breves líneas y forma simbólica la sutil explicación capaz de echar por tierra tan gratuita ofensa. En efecto, Carrere dijo: "Es cierto que Villaespesa recibió medio millón de bolívares en Venezuela. Con aquella suma cualquier poeta de la clase media se habría asegurado un porvenir de rentista..."

Pero este poeta descubrió que las selvas venezolanas tenían aves magníficas y parlanchinas vestidas por la naturaleza con ropajes deslumbradores. Villaespesa quiso llevarse a España la armonía, el color de la selva. A fuerza de oro auténtico creó cuadrillas de cazadores que convirtieron el hotel donde el poeta se alojara en una colosal pajarera. Los demás huéspedes huyeron de aquel delirante congreso de loros, cotorras, periquitos y papagayos. Como, naturalmente, se le acabó el dinero, y con tan pintoresca compañía hubiese necesitado un bajel de cristal para volver a España, una mañana abrió todas las jaulas y los pájaros volvieron a la selva. Y el medio millón de bolívares se dispersó en un triunfo de trinos y en una bandada multicolor de plumajes, que se llevó el viento. Tal es la síntesis de toda una vida de poeta, imprevisora, radiante, fantástica, agarrotada a un sillón de paralítico y sujeta por un grillete de pobreza a la más descarnada realidad.

La síntesis de Carrére no puede ser más afortunada. Villaespesa hizo de su vida una gran pajarera donde los ruiseñores de la Alhambra, trocados en versos, buscaron la clara plenitud de las alturas. En aquel su mundo de fantasía sólo laboraron lo irreal y lo ficticio: las ondinas de las fuentes del Alcázar en conjunción con los gnomos que recorrieron el grande y misterioso camino seguido por las kalifas árabes. Y con esos elementos —con las substancias tradicionales de un reino inmaterial — se dejó oir un español... y aprendió a rezar en cristiano.



Max Liebermann: MADRE e HIJO



PAISAJE COLONIAL — Potosí.

Blanca Monje Pacheco

Del periódico literario EL IRIS de Montevideo.

Esta distinguida y talentosa escritora boliviana, nació en la ciudad de La Paz e hizo sus estudios en los colegios religiosos "Inglés Católico" y "Sagrados Corazones" de aquella capital del altiplano. Educada por su señora madre a ejemplo e iniciativa de la misma ingresó en el magisterio como maestra de primaria fundando la primera escuela nocturna para adultos, por propia iniciativa y con escasos y propios recursos en el año 1925. Esta escuela la sostuvo dos años, pasando más tarde a depender de la Municipalidad de La Paz quien multiplicó estas escuelas en todos los barrios suburbanos de la capital. Esta escuela se fundó en Miraflores.

Como maestra de primaria trabajó en los principales establecimientos docentes de la ciudad, hasta que en el año 1948 en El Alto de La Paz fundó la escuela "Abel Iturralde" siendo directora de la misma. En los años 1950 y 51 fué directora de la escuela "Sargento Tejerina" de La Paz, donde tuvo el beneficio de la bien ganada jubilación.

Como escritora a destacado notablemente su labor literaria y artística habiendo publicado las siguientes obras: "Cuentos y ensayos literarios" crítica social, "Niebla" novela, e inéditas tiene "Brindis a la Vida" novela corta, "Mujeres de América" biografías, y en preparación "Cartas a mis discípulos".

Realiza además eficiente labor en las siguientes instituciones sociales y culturales: Ateneo Femenino, Asociación Cristiana Femenina, Agrupación Interamericana de Mujeres, Asociación de Artistas y Escritores, y en la Sociedad Teosófica. De manera que el Karma de ésta gran mujer boliviana y muy querida amiga nuestra ya está en el más alto Nirvana y que ha cumplido ya todos sus ciclos en la actual generación.

Al felicitarla efusivamente por su labor fraternal y alentarla a proseguir adelante en su magna obra humanitaria desde éste pequeño Uruguay le enviamos nuestro fraternal cariño simbolizado en un fuerte abrazo que una a las dos naciones hermanas.

Artes y las Letras

(París, 14 de marzo).— En una comunicación dirigida a las Comisiones Nacionales de la Unesco, el Director general señor John W. Taylor explica las razones que obligan a un estudio inmediato de la propuesta de varias asociaciones internacionales, sobre creación del Consejo Internacional de las Artes y las Letras. Supone el señor Taylor que esta gestión ha de ser muy laboriosa, y para llevar a buen término los planes adoptados en la última Conferencia General de la Unesco, sería preciso emprender sin pérdida de tiempo las negociaciones preliminares. Las Comisiones Nacionales deberán en consecuencia, informar sobre la oportunidad de esta creación y sobre las facultades que incumbirán al futuro organismo.

Expone el señor Taylor, entre otros extremos, las preocupaciones de algunos delegados y entidades que se han manifestado por la creación del Consejo de las Artes y las Letras, asociaciones internacionales existentes en dichos dominios, a la importancia de sus actividades y a la necesidad de fortalecer los contactos entre colegas del mundo entero. El nuevo organismo, sería semejante al Consejo Internacional de Uniones Científicas, y facilitaría la confrontación de iniciativas y la aplicación racional de los recursos. Las entidades particulares y las distintas ramas comprendidas dentro del Consejo, gozarían de plena autonomía, sin embargo.

Hasta la fecha, según el señor Taylor, se han recibido respuestas favorables a los propósitos enunciados del Instituto Internacional del Teatro, el Pen Club internacional, el Consejo Internacional de la Música, la Asociación Internacional de Críticos de Arte, los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna, y la mesa directiva de la Asociación Internacional de Artes Plásticas.

